

EL CONDE ALARCOS

Guillén de Castro y Bellvís

Texto basado en varios impresos tempranos y modernos de EL CONDE ALARCOS pero principalmente en la *Primera parte de las comedias de don Guillem de Castro, natural de la ciudad de Valencia* publicada en Valencia por Felipe Mey, en 1618. El texto presentado fue preparado por Vern Williamsen en esta forma electrónica en el año 1995.

Personas que hablan en ella:

- **EL CONDE Alarcos**
- **MARGARITA**
- **La INFANTA**
- **EL PRÍNCIPE de Hungría**
- **EL REY**
- **GENTE que acompaña al rey**
- **Un CAPITÁN**
- **Un MAYORDOMO**
- **CARLOS, hijo del conde**
- **ELENA, hija del Conde**
- **CRIADOS del rey**
- **HORTENSIO, criado**
- **Algunos VILLANOS**
- **MARCELO**
- **FABRICIO, criado**
- **Un PAJE**
- **EL DUQUE**

casi al compás de la pena.
Por tener con estas sobras,
señor, mis faltas secretas,
¡qué hice de fingimientos,
qué compuse de cautelas!
Así pasé nueve meses,
pero al cabo de ellos llegan
los dolores con la noche,
que nunca la vi más negra.
Vime--¡ay triste!--en mi aposento,
con sola mi camarera,
que con lágrimas no más
acompañaba a mis quejas,
y éstas, mi bien, no salían
del pecho sino por señas,
porque en llegando a la boca
yo les cerraba la puerta.
De una sábana mordía
con el miedo, y así eran,
aumentando la congoja,
sordo el llanto y mudas ellas,
aunque no lo fueron tanto
que, con la pasión inmensa,
no saliese algún gemido.
Oyéronle mis doncellas,
dieron aviso a la infanta;
vino a verme, y yo, por fuerza,
descubríle mi secreto,
dile parte de mi pena.
¿A la infanta?

CONDE:

MARGARITA:

Sí, a la Infanta.
Y me esforzaba ella mesma
con las manos, con los brazos,
con los ojos, con la lengua.
Con su ayuda y la del cielo
tomé aliento, tomé fuerzas,
defendiéndome la vida
el no cansarme de hacerlas.
Nació así el más bello infante
que formó naturaleza,

al punto que el sol nacía
alumbrando cielo y tierra,
que, según tardó, imagino
que esperaba a que naciera,
porque le imitara en esto
quien le imita en la belleza.
La infanta se le llevó
y yo quedé casi muerta.
Dice que a criar le ha dado
porque la vida le deba.

CONDE:

¿Ella le tiene?

MARGARITA:

Y le ampara.

Ruego al cielo que parezca
a su padre en el valor
y a su madre en la firmeza.

La color tienes turbada,
di la causa, conde amigo,
Dime ¿qué tienes?

CONDE:

No es nada.

MARGARITA:

Pues, ¿tú, secretos conmigo?

CONDE:

¿Y tú conmigo enojada?

Óyeme.

MARGARITA:

Tengo razón.

CONDE:

Yo te diré la ocasión,
porque de ello no te ofendas.
La infanta adora mis prendas
quizá porque tuyas son;
y así, Margarita hermosa,
su rigor vengo a temer,
que la invidia es poderosa,
y más en una mujer
aborrecida y celosa.

MARGARITA:

Con causa afligido estás,
mas tú la culpa has tenido
de la pena que me das;
bien dicen que el ofendido
ignora estas cosas. Mas
¿cómo has callado, señor,
y tanto?

CONDE: El darte martelos,
fuera ofender tu valor,
que el que enamora con celos
sin duda le falta amor.
Y el que descubrir pretende
los amores de otra dama,
a la que su pecho enciende,
en el gusto y en la fama
la una enfada y la otra ofende
y con las dos desmerece.

MARGARITA: ¿Cómo la infanta al de Hungría
entretiene y favorece?

CONDE: Pienso que en mi amor se enfría
y a sus quejas se enternece.

MARGARITA: Parece que te ha pesado.
Las colores te han salido
que antes se habían entrado.

CONDE: Tu imaginación ha sido,
que hace efeto en tu cuidado.
Mas, pues he llegado a verte,
serás, mi esposa, señora;
esta mano he de ofrecerte,
que, a no venir vencedora,
no pudiera merecerte.
¿Perderás así el recelo
de lo que aquí imaginaste?

MARGARITA: Darásle al alma consuelo
mas la infanta viene.

CONDE: Baste.

MARGARITA: Voyme, adiós.

CONDE: Guárdete el cielo.

MARGARITA: ¿Mostraráste agradecido
si lo que hizo por mí
te dijere?

CONDE: Harélo así.

Vase MARGARITA y sale la INFANTA

INFANTA: Seas, Conde, bien venido.
CONDE: Pues vengo a servirte a ti.

Arrodíllase el CONDE

INFANTA: Levántate.

CONDE: Si tu alteza
me da las manos primero.

INFANTA: Cubre, conde, la cabeza,
y cubre el pecho de acero, y
escúchame.

CONDE: (Mal empieza.
Si es que matarme pretenden,
podréme así prevenir.)

Aparte

Levántase el CONDE

INFANTA: No me podrás resistir,
si mis razones te ofenden,
las que te quiero decir,
y en ellas podrás mirar
si son limpias y sencillas,
pues aunque vengo a pensar
que te ofenderá el oíllas,
no te las puedo callar.

¿Por qué con tanta crueldad
menosprecias de este modo
mi alteza, mi calidad,
mi reino y mi voluntad,
que te obliga más que todo?

CONDE: ¿Cómo preguntas por qué,
pues tú lo sabes mejor?

INFANTA: Bien dices que yo lo sé.

CONDE: A quien debo fe y honor,
pago con honor y fe.

INFANTA: Muy empeñado estarás,
si debes a Margarita
o el honor que tú le das
o el honor que ella te quita,
que yo sé, Conde, que es más.

¿Qué te suspende y altera?
¿Cómo engañado has vivido

dejando...

CONDE: (¡Ah, crüel, ah, fiera!) **Aparte**

INFANTA: ...por un gusto repartido
una voluntad entera?

CONDE: (¡Oh lengua infame y maldita!) **Aparte**
¿No sabes que Margarita
entera en mi pecho está?
¿Quien toda el alma me da
dices que el amor me quita?
Ese lenguaje importuno
deja, senora, por Dios,
aunque para mí es ninguno.

INFANTA: La mujer que quiere a dos
¿no es cierto que ofende al uno?

CONDE: A mí solo me ha querido.
¿Dónde tus intentos van?

INFANTA: Bien engañarte ha sabido.
Quiérete a ti por marido,
y al de Hungría por galán.

CONDE: (¡Oh, terrible confusión!
Aparte
Ésta me miente, no hay duda,
con la celosa pasión.)

INFANTA: (De mil colores se muda.) **Aparte**

CONDE: ¿No sabes que primos son
Margarita y el de Hungría?
Del pensamiento desvía
esa sospecha importuna.

INFANTA: Conde, la sangre que es una,
unos pensamientos cría,
y éstos la juntan mejor,
para que el mundo engañado,
como es tan uno el color,
no advierta que se ha mezclado.

CONDE: (¡Ay, mal nacido temor!) **Aparte**
¿Que no me quieres dejar?
¿Quiérete el príncipe a ti
y dasme a mí ese pesar?

INFANTA: ¡Qué bien te supo engañar!

CONDE: ¿Luego esto es engaño?

la fineza de mi amor
pruebo en confiarme de ella.

INFANTA: (Esfuércese mi rigor, **Aparte**
crezca el llanto, atice el fuego,
que a tan gran desdicha llego.)
Son tus sinrazones muchas,
mas, Conde, pues sordo escuchas,
yo he de ver si miras ciego.

CONDE: ¿Cómo así?

INFANTA: Haciéndote ver
lo que creerme no quieres.

CONDE: Entonces podría ser.
(¿Quien fiará de mujeres, **Aparte**
si Margarita es mujer?)

INFANTA: Donde la sueles hablar
esta noche has de venir;
pero has de ver y callar.

CONDE: Mejor dijeras morir
donde me acabe el pesar.

INFANTA: Pero en viendo el torpe efeto,
has de hacer por mí una cosa.

CONDE: Cuantas pidas te prometo.

INFANTA: Recibirme por esposa.

CONDE: Yo lo ofrezco.

INFANTA: Yo lo aceto.

***Vase entrando el CONDE poco a poco por la una
puerta, y van saliendo el PRÍNCIPE de Hungría y
MARGARITA por la otra. Hablan aparte el PRÍNCIPE y
MARGARITA y la INFANTA con el CONDE***

CONDE: Yo me voy.

PRÍNCIPE: Yo, prima mía,
temblando de miedo vengo.

MARGARITA: Llega sin él y porfia.

PRÍNCIPE: Yo le perderé, pues tengo
una estrella que me guía.

INFANTA: (La ocasión viene extremada **Aparte**
para acreditar mi engaño.)
Comience tu desengaño.

Tal viene que, de turbada,
no te ha visto.

MARGARITA: Estás extraño.

INFANTA: Si te ve, no habrá lugar
de desengañarte más.
.....[-ar]
Vete, conde. ¿Cuál te vas?

MARGARITA: Agora puedes llegar.

PRÍNCIPE: Si eso en mi favor se ordena,
no será mi suerte poca.

Da muestras de gran sentimiento el CONDE

INFANTA: (¡Con qué rabiase provoca! **Aparte**
Por señas dice la pena
que le ha cerrado la boca.)

PRÍNCIPE: ¿Con qué pagarte podré
lo que debo al bien que gano?

***Al entrarse el CONDE cáesele el sombrero y
dale con el pie***

INFANTA: (Loco va; el sombrero fue **Aparte**
que le cayó de la mano
y le arroja con el pie.)

A la INFANTA

PRÍNCIPE: Todo el cielo vengo a ver
en este rostro divino;
mas temo, porque imagino
que te enojo.

INFANTA: ¿Ha de temer
quien tiene tan buen padrino?

MARGARITA: ¿A quién habrá que no asombre
la merced que me concedes?

INFANTA: Todo conmigo lo puedes.

MARGARITA: Señora, y ¿podré en tu nombre
dar premios?

INFANTA: Y hacer mercedes.

entrarás.

PRÍNCIPE: Si se concierta
esto así, dichoso fin
das a mi esperanza muerta.

A ti te debo esta palma,
prima del alma querida,
a ti te debo la vida
y a ti te consagro el alma.

MARGARITA: Ya mí me tienes corrida.

PRÍNCIPE: Dame los pies, que me toca
estarlos siempre adorando.

MARGARITA: Es mucha merced.

PRÍNCIPE: Es poca,
pues lo que fueres pisando
he de barrer con la boca.

Vanse. Sale el CONDE

CONDE: Ya llego, enemiga suerte,
a entrar en cuentas contigo,
mas ¿con qué pasos te sigo
cuando espero el de la muerte?

¿Que es posible persuadirme
esta pena que me incita?

¿Que es mala mi Margarita,
y con ser piedra no es firme?

Mas de un miedo tan cobarde
me resisto y me acompaño,
que espero mi propio daño
y me pesa de que tarde,

como el que en el campo aguarda
al contrario en quien se venga,
que desea que no venga
y le parece que tarda;

como el que en naufragios tales
el miedo y congoja aumenta,
esperando la tormenta
de que ha tenido señales;

como el que sobre un tablado,
para fin de sus enojos,

con una venda en los ojos
espera el cuchillo airado;
y al fin, por decir mejor,
como yo mismo diré,
que hago prueba de una fe
con sospecha y con amor.

Sale el PRÍNCIPE

PRÍNCIPE: Noche más bella que el día,
cielo hermoso, luces bellas,
¿quién, entre tantas estrellas,
pudiera adorar la mía
pues acaba tantos males
logrando sólo un deseo?

Hace una seña el PRÍNCIPE

CONDE: Ya de mis desdichas veo
de más cerca las señales.

Sale MARGARITA a la ventana

MARGARITA: Mi príncipe.
PRÍNCIPE: Mi señora.
MARGARITA: La puerta he dejado abierta.
PRÍNCIPE: Dichoso yo.
MARGARITA: Ve a la puerta;
ya te espera quien te adora.

Éntrase MARGARITA y el PRÍNCIPE se va

CONDE: ¡Ojos que la causa vistes
de la pena a quien resisto!
¿Es verdad lo que habéis visto?
¡Ojos ciegos, ojos tristes!
Cielo, decídmelo vos,
si es verdad o son antojos,
y, pues tenéis tantos ojos,
mirad si se engañan dos.

Si es esto verdad o engaño,
con todos ellos mirad;
pero sin duda es verdad,
pues ha de ser en mi daño.

¿Que me supiese engañar
Margarita pudo ser?
¡Ah, voluntad de mujer,
ligera espuma en el mar,
torre con falso cimiento
que la pierde quien la hace,
nube que al sol se deshace,
humo que se esparce al viento;
anuncio cierto del mal,
voz de engañosa sirena,
agua echada sobre arena,
que apenas deja señal,
luz que haciendo mejor cara
muestra que morir se quiere,
fuego que atizado muere,
piedra que en su centro para,
al sol derretida nieve,
aire en redes recogido,
villano amigo corrido
que no os habla porque os debe,
rayo que abrasando pasa;
rigor, engaño, traición,
laberinto, confusión
de esta Troya que se abrasa!

***Sale la INFANTA a una ventana y MARGARRITA a otra,
y vuelve (a salir el PRÍNCIPE por donde entró***

INFANTA: (Voces oigo. Mi traición **Aparte**
ha hecho esta vez su efeto.)
Ce, conde. Si eres discreto,
muéstralo en esta ocasión.

MARGARITA: (¿No es el Conde? ¿Qué recelo?)

Aparte

PRÍNCIPE: (¿Qué puede haber sucedido?)

Aparte

CONDE: (A la ventana han salido.)

Aparte

MARGARITA: (El conde es, sin duda, ¡ay, cielo!) **Aparte**
INFANTA: Tu paciencia es bien que pruebes,
cuando yo a servirte pruebo.
CONDE: Ya sé que el honor te debo.
INFANTA: Y una palabra me debes.
De cumplirla luego trata.
MARGARITA: (¿Qué escucho?) **Aparte**
PRÍNCIPE: (¿Qué vengo a ver?)
Aparte
INFANTA: ¿Qué dudas?
CONDE: Rey quiero ser,
pues Margarita es ingrata.
PRÍNCIPE: (De penas soy un abismo.)
Aparte
MARGARITA: (Infelice y triste estrella.) **Aparte**
CONDE: Por tomar venganza de ella
la tomaré de mí mismo.
De ser tu esposo te doy
palabra.
INFANTA: Y de ser tu esposa
la recibo.
PRÍNCIPE: (¡Extraña cosa!) **Aparte**
MARGARITA: (¿Que tan desdichada soy **Aparte**
que a morir rabiando vengo?)
PRÍNCIPE: (¿Que tan mal se corresponde **Aparte**
a una amistad?)
INFANTA: Adiós, Conde,
honrados testigos tengo,
y no me podrás negar
la palabra que me has dado.
CONDE: Ve, señora, sin cuidado,
que yo te la vuelvo a dar.

Éntrese la INFANTA

PRÍNCIPE: Quitaréte yo el vivir,
para que, conde atrevido,
ya que dársela has podido,
no se la puedas cumplir.
MARGARITA: Teneos, ¿qué daño se ordena?

(Procurarélo estorbar,
si acaso puedo llegar
sin que me acabe la pena.)

Aparte

Éntrase MARGARITA

CONDE: ¿A eso te obligas?

PRÍNCIPE: Sí obligo.

Quitarte la vida quiero,
pero confiesa primero
que mueres por falso amigo.

CONDE: Tengo yo muy duro el pecho
y no le podrás pasar,
y no es razón confesar
los pecados que tú has hecho.

PRÍNCIPE: Pues ¿yo, falso amigo?

CONDE: Sí.

PRÍNCIPE: No ofendas mi trato noble.

CONDE: Mejor le dijeras doble,
pues lo ha sido para mí.

Tu fingido sentimiento,
aunque me ofenda, me agrada.

PRÍNCIPE: No te matará mi espada,
pues no te ha muerto mi aliento,
que puro veneno arroja.

CONDE: Iguales armas tenemos.

Sale MARGARITA y pónese en medio

MARGARITA: ¡Qué rigurosos extremos
de desdicha y de congoja!
¡Príncipe, Conde!

CONDE: ¡Ah, traidora,
que tú la culpa tuviste!

MARGARITA: Volved a mi pecho triste
esas espadas.

PRÍNCIPE: Señora...
Apártate, prima.

MARGARITA: Primo.

PRÍNCIPE: Seré su justo homicida.

MARGARITA: No ha de perderse una vida
a quien con el alma estimo.

CONDE: Oh, falsa, Dios te destruya!

MARGARITA: ¿Yo soy falsa?

CONDE: ¡Infame eres!

MARGARITA: Seré lo que tú quisieres
por no dejar de ser tuya.
Señores, tanto rigor...
Acordaos que soy mujer.

PRÍNCIPE: Yo le tengo por volver
por mi gusto y por mi honor;
pero justa cosa es
obedecerte, señora.

CONDE: Yo pienso escucharte agora
para dejarte después.

PRÍNCIPE: Prima, ¿tú no me dijiste
cómo eras del conde ya?
¿La palabra, donde está,
que te ha dado y que le diste?

CONDE: Si ese secreto escondía
tu pecho, ¿no me ha ofendido,
pues que por tuya ha tenido
una prenda que era mía?

PRÍNCIPE: ¿Qué prenda?

MARGARITA: Duros enojos.

CONDE: ¡Esta enemiga, esta ingrata!

PRÍNCIPE: Con mejor término trata.

CONDE: Pues lo que han visto mis ojos
¿me niega vuestra porfia?
Tú ¿no le dijiste agora,
"Ya te espera quien te adora?"

MARGARITA: (Por la infanta lo diría.) **Aparte**
Conde, mi pena crüel
ha de hallar el mundo estrecho,
pues estando tú en mi pecho
¿te fias tan poco de él?

PRÍNCIPE: Si te ha dado esa sospecha,
conde, algún pecho villano...

MARGARITA: Ya yo conozco la mano
que ha despedido esta flecha,

pero en más secreta parte
quiero que oigáis mi razón.
Daréte satisfacción.

PRÍNCIPE: Y yo también quiero darte
la que de mi honrado pecho
saldrá ardiendo por ser tuya.

CONDE: La menor lágrima suya
me dejará satisfecho.

***Vanse todos y sale el REY y un CAPITÁN y
GENTE de acompañamiento***

REY: Muy bien el Conde ha probado

CAPITÁN: Sus hechos te lo dirán.
Es famoso capitán.

REY: Es, capitán, gran soldado.
Cuéntame algunas hazañas
de las tuyas.

CAPITÁN: Son famosas,
mas parecen milagrosas.
Escucha las más extrañas...
Mas la infanta, mi señora,
viene ya.

REY: Déjalo, pues.
Vete en paz.

CAPITÁN: Beso tus pies.

Vase el CAPITÁN. Sale la INFANTA

INFANTA: Dame las manos.

REY: ¿Es hora
de veros, hija?

INFANTA: Señor,
siempre en servirte me empleo.

REY: ¿Nacieron de mi deseo
los efectos de tu amor,
hija?

INFANTA: Señor...

REY: Dime padre.

INFANTA: Dulce nombre para mí.

REY: O hijo, pues tengo en ti
una hija y una madre,
y soy, cuando el cuello ciño,
que es mi arrimo y es mi espejo,
hijo tierno, padre viejo,
porque de viejo soy niño.

Viéndome, pues, de este modo,
temo--¡ah, miserias humanas!--
que en la nieve de estas canas
no se hiele el cuerpo todo.

Respecto de esto, hija mía,
y de mi reino heredera,
casarte...

INFANTA: (¡Ay, triste!)

Aparte

REY: ...quisiera
con quien hereda el de Hungría.

Éste por esposo ten,
que será más conveniente,
demás de que es tu pariente
y sé que te quiere bien,
y ha meses que me importuna,
digo mal, que honrar nos quiere
a los dos.

INFANTA: (¿Qué habrá que espere
de mi contraria fortuna?)

Aparte

REY: ¿No respondes?

INFANTA: Señor...

REY: ¿Es
que te has turbado?

Salen el PRÍNCIPE y el CONDE

PRÍNCIPE: Ya es hora
de hablarle, ven.

REY: Calla agora,
responderásme después.

CONDE: ¿Tal maldad pudo caber
en pecho noble?

PRÍNCIPE: Es ingrato,
pero, aun viendo su mal trato,

no la puedo aborrecer,
aunque muy con otro intento
la quiero. Déme la mano,

Llegando al REY

CONDE: vuestra majestad. (¡Cuán vano saldrá tu mal pensamiento!) **Aparte**
REY: Démela a mí vuestra alteza.
CONDE: Yo espero que me la dé,

Arrodíllase el CONDE

REY: tu majestad. Ponte en pie, conde, y cubre la cabeza.
CONDE: Como tu vasallo soy, te la pido arrodillado.
REY: A quien es tan gran soldado los brazos también le doy.

Levántase el CONDE

INFANTA: (No poca sospecha tengo de aquésto, y tengo razón.) **Aparte**
REY: Pues, príncipe, ¿qué ocasión os trae?
PRÍNCIPE: A servirte vengo, y después a ver si gustas de un casamiento que trato.
REY: ¿Casamiento?
INFANTA: (¡Ay, Conde, ingrato a mis lágrimas injustas!) **Aparte**
REY: ¿De quién?
PRÍNCIPE: Del conde y mi prima Margarita.
REY: Es muy hermosa, muy discreta.
INFANTA: Y muy dichosa,

supliqué a tu majestad
que escusara el dilatarlas.

REY: Pues con tu gusto convengo,
gózale, conde, que es justo.

CONDE: Por esperar otro gusto
pusiera en duda el que tengo.

REY: ¿Cómo así?

CONDE: La dilación
quizá me hubiera acabado.

PRÍNCIPE: Habla como enamorado
el conde.

REY: Y tiene razón.

***Salen la INFANTA y MARGARITA hablando aparte, y
MARGARITA muy turbada***

INFANTA: ¿Que así me pierde el decoro
tu falso pecho traidor?

MARGARITA: ¿Quieres que pierda el honor
y que deje a quien adoro?
Mira, señora...

INFANTA: Has de ver...

MARGARITA: ...con cuánta razón me aflijo.

INFANTA: ...muerto en tus manos tu hijo,
a quien tengo en mi poder,
en llegando a ser esposa
de quien el alma me tiene.

A ELLOS

Aquí Margarita viene,
aunque viene algo dudosa.

PRÍNCIPE: ¿Duda tiene?

REY: ¿Y en qué duda?

CONDE: ¿Qué habrá sido la ocasión?

MARGARITA: (Las ansias del corazón

Aparte

me tienen la lengua muda.)

REY: ¿Sabes del conde el valor
y las prendas?

MARGARITA: (¿Qué haré?)
Aparte
PRÍNCIPE: ¿No respondes?
MARGARITA: (También sé **Aparte**
de mi desdicha el rigor.)
REY: No te turbes.
MARGARITA: (Suerte avara.) **Aparte**
CONDE: (Cielo, el alma se me parte.) **Aparte**
REY: Hija, pregúntale aparte
qué duda o en qué repara.
INFANTA: Voy...Margarita...
MARGARITA: (¡Ay de mí!) **Aparte**
PRÍNCIPE: (Mal conoce lo que gana.) **Aparte**

Hablan las dos aparte

INFANTA: Muerto le verás, villana,
si pueden sacarte un sí.
MARGARITA: Infanta, señora, escucha.
¿Y que serás tan crüel?
INFANTA: Y aun haré que comas de él.
MARGARITA: Mucha es tu inclemencia.
INFANTA: Mucha.

A ELLOS

CONDE: No se quiere declarar.
Pues de la empresa desisto,
que ya en sus dudas he visto
que tiene por qué dudar.
MARGARITA: (¡Ay, cielo, su gusto haré, **Aparte**
y el cielo me dé paciencia
si mata al niño!)

CONDE: Licencia
vuestra majestad me dé...

REY: Con razón te has ofendido.
PRÍNCIPE: Y mucha. Presto se muda
una mujer.
MARGARITA: Esta duda
de alguna causa ha nacido;

mas aunque en mi fe has dudado,
yo te doy mano de esposa.
CONDE: Y yo de esposo.
PRÍNCIPE: Dichosa
duda, que en esto ha parado.
REY: Logrado habéis mi deseo.
A los dos quiero abrazar.
CONDE: Las manos nos puedes dar.
INFANTA: (¿Que esto he visto y que esto veo? **Aparte**
¿Que al fin se han dado las manos?
Pues ofendida, y mujer,
grima del mundo he de ser,
y asombro de los humanos.)
CONDE: Y vuestra alteza me dé
las manos.
MARGARITA: Y a mí los pies.
INFANTA: Tomad los brazos. (Después **Aparte**
yo sé, infames, qué os daré.)
MARGARITA: (¡Ah, crüel!) **Aparte**
CONDE: Muestras con eso
lo que nos quieres honrar.
INFANTA: (¡Ojalá fueran de mar, **Aparte**
que no os soltaran tan presto!)
MARGARITA: Tú, príncipe...
PRINCIPE Prima mía,
Conde...
CONDE: No huyas las manos.
INFANTA: (De vuestra sangre, villanos, **Aparte**
pienso hacer una sangría.
Por vengar el fraude y dolo
de que los tres sois testigos,
sangre de tres enemigos
he de sacar de uno solo.)

Salen el MAYORDOMO del Rey y otros CRIADOS, y al uno de ellos habla la INFANTA aparte, y sacan una mesa

Oye.
MAYORDOMO: Mudad esa mesa
de donde está a ese lugar.

MARGARITA: (No se puede sosegar mi pecho.) **Aparte**
CRIADO: (¡Terrible empresa!) **Aparte**

Al CRIADO

INFANTA: Si de hacerlo me prometes,
haré cuanto te prometas.
MAYORDOMO: Poned cinco servilletas,
tres sillas, dos taburetes.
INFANTA: Ve volando.
CRIADO: (Extraños tratos **Aparte**
de mujer.)
INFANTA: (Rabioso fuego.) **Aparte**

**Vase el CRIADO que habló con la INFANTA y
van empezando a servir la comida**

MAYORDOMO: Venga la comida luego.
Y, ... pajes, no falten platos.
REY: Lo que digo ha de ser hoy.
CONDE: Por ser tu gusto lo apruebo.
REY: Veréis que sé lo que os debo
si miráis a lo que os doy.
A mi mesa y a mi lado
habéis de comer, que es justo.
INFANTA: Y el principio de más gusto
le tengo yo aparejado.
CONDE: En todo tu gusto es ley.
PRÍNCIPE: Lo que mereces te ofrece,
que honra de reyes merece
un vasallo de tal rey.

**Siéntanse el REY, la INFANTA y el
PRÍNCIPE, en las sillas, y el CONDE y MARGARITA en los
taburetes, y traen aguamanos**

CONDE: Hoy este oficio he de hacer,
pues tú me quieres honrar.
REY: Sí, que bien puedes lavar

manos que te han de valer.

Da el CONDE aguamanos al REY

CONDE: Por esa merced las beso.
También te suplico a ti
que me honres en esto.

INFANTA: Así
no quiero emplearte, en eso.

CONDE: Esta merced me has de hacer.

INFANTA: No pienso lavarme hoy.

CONDE: ¿Porque yo el agua te doy?

INFANTA: ¿Sabes que la he menester?

CONDE: Ya vi que en cosas tan graves
emplearme no querrías.

INFANTA: ¿En que me lave porfias?
¿Alguna mancha me sabes?

PRÍNCIPE: (¡Oh falso pecho traidor!)

Aparte

INFANTA: Yo misma, que a saber vengo
adónde la mancha tengo,
sabré lavalla mejor.

CONDE: No te quiero porfiar.

INFANTA: Pero, por pagarte, sabe
que el agua con que se lave,
a tu esposa quiero dar,
y quedarásme obligado.

MARGARITA: Correr me quieres.

INFANTA: ¿Por qué?
Las manos te lavaré
por la mano que te ha dado.

CONDE: Más corrido quedo yo,
pues ha venido a mostrarse
que habrá menester lavarse
quien la mano me tocó.

INFANTA: Si esto es correrte, por ti
también corrida he quedado,
pues de lo que ella ha tocado
me queda la mancha a mí,
y así, pues en mí quedó,
del tocarte ella también,

como ella se lave bien
quedaré sin mancha yo.

Una agua le quiero dar
que es más limpia, y no tan clara,
colada por alquitara.

PRÍNCIPE: (Esto se puede esperar.) **Aparte**

INFANTA: No es de rosa ni de flor,
aunque flor y fruto ha sido,
y el fuego en que se ha cocido,
cuando menos, es de amor.

Será de color de grana,
y de polvo que es más fina.

CONDE: (¿Esta falsa, qué imagina?)

Aparte

MARGARITA: (¿Qué pretende esta villana?) **Aparte**

Sale el CRIADO que envió la INFANTA con un jarro de plata y un plato cubierto con otro

INFANTA: Ya viene.

MARGARITA: Tu esclava soy,
señora.

INFANTA: Ten, por mi amor,
pues pienso cobrar honor
con el honor que te doy.

MARGARITA: ¿Quién con tal grandeza nace
que merezca merced tanta?

REY: Dejad hacer a la infanta,
que ella sabe lo que hace.

MARGARITA: A servirte me acomodo.

PRÍNCIPE: (¡Ay, enemiga sin ley!) **Aparte**

CONDE: El fiel vasallo a su rey
ha de obedecer en todo.

Toma la INFANTA el jarro y da aguamanos a MARGARITA con la sangre de su hijo

INFANTA: No te turbes, toma.

MARGARITA: ¡Ay triste!

INFANTA: ¿Qué miras? ¿Qué reconoces?

¿Es tuya y no la conoces?
MARGARITA: ¿Qué miro?
CONDE: ¡Ay, cielo!
REY: ¿Qué hiciste?

A MARGARITA

INFANTA: De verterla te ofrecí
si te casabas con él,
y las palabras, crüel,
tienen de cumplirse así.
Agora que te has lavado
estos principios te doy,

Descubre un plato y en él un corazón

que, como tu amiga,
te guardé el mejor bocado.
Muy bien le puedes comer,
cómele, no tengas miedo,
y esta sangre con que quedo,
por ser tuya, he de beber.
Y porque más te destruya
aún más que ésta bebería;
que es celos mi hidropesía
que dan sed de sangre tuya.

MARGARITA: Crüeles, viles hazañas,
villana, enemiga, fiera.
¡Ay, corazón! ¡Quién pudiera
volveros a mis entrañas!

Pero en tan grandes enojos
¿qué consuelo he de esperar?
El mío pienso sacar,
hecho sangre por los ojos.

Mas ¿qué temo? ¿Qué recelo
contra tu pecho traidor,
falsa? ¿Hay hombres? ¿Hay valor?
¿Hay justicia? ¿Hay rey? ¿Hay cielo?

Para tus viles ensayos
¿hay intenciones honradas?

¿Hay verdugos? ¿Hay espadas?,
¿Hay torbellinos? ¿Hay rayos?
PRÍNCIPE: Escucha...
REY: Dime el efeto...
CONDE: Señora...
MARGARITA: ¡Gran desventura!
En nada tengo ventura
y a nadie tengo respeto.
CONDE: ¿Qué es esto?
MARGARITA: ¡Suerte inhumana!
¿Cómo a vengarme no acierto?
CONDE: ¿Qué tienes?
MARGARITA: Un hijo muerto
a manos de esta villana.
PRÍNCIPE: ¿Qué escucho?
CONDE: ¡Cielos airados!
¿Es posible?
MARGARITA: ¿Quién consiente,
señores, que un inocente
venga a pagar mis pecados?
CONDE: ¡Todo el cielo la destruya!
¡Muera la enemiga infanta!
MARGARITA: Yo le pondré en mi garganta,
si no le pongo en la suya.

Toma MARGARITA un cuchillo

PRÍNCIPE: ¡Tente!
CONDE: El alma se me abrasa.
REY: ¡Hola de mi guardia! ¡Hola,
conde!
CONDE: Tu cabeza sola
está segura en tu casa.

Vanse todos

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

*Salen el PRÍNCIPE y MARGARITA, y ELENA,
niña, hija del CONDE*

MARGARITA: Es mi hija y, como es justo,
a mi gusto corresponde.

PRÍNCIPE: Cualquiera parte del conde
será el todo de tu gusto.

MARGARITA: Dale tú como a sobrina
las manos.

PRÍNCIPE: ¡Gracioso brío!

ELENA: Démelas, mi señor tío.

MARGARITA: Es montañesa.

PRÍNCIPE: Es divina.

MARGARITA: Y ¿dónde estuvo hasta agora?
En un lugar de su estado
la tuvo aquel desdichado
por mi causa.

PRÍNCIPE: No, señora,
que no merece ese nombre
quien a ti te ha merecido.

MARGARITA: De mi desdicha ha nacido
las sinrazones de un hombre
como el rey.

PRÍNCIPE: Muy grandes son,
y yo con razón me aflijo.

MARGARITA: Tras haberme muerto un hijo,
tener al conde en prisión
y a mí también, sin reparo,
condenada a eterno sueño,
si tú, como eres mi dueño,
no hubieras sido mi amparo.

PRÍNCIPE: Yo soy tuyo, el rey extraño,
pues de tu esposo ofendido

escuchar no me ha querido,
y ha pasado más de un año
que está preso, y esto mismo
con la infanta, que es su hija,
ha hecho.

MARGARITA: El cielo corrija
las maldades de ese abismo.

PRÍNCIPE: Desde aquel día sangriento,
diciendo que así conviene,
no la ha hablado, y la tiene
retraída en su aposento.

Y tan fiero se ha mostrado
de esta contraria fortuna,
que con persona ninguna
de este negocio ha tratado.

Mas ya sale.

MARGARITA: Es un tirano.
Pero, aunque sé lo que es,
quiero arrojarme a sus pies
como tú me des la mano.

Sale el REY, y MARGARITA híncase de rodillas

PRÍNCIPE: Cuanto puedo te prometo.
Tuyo soy.

Al REY

MARGARITA: Mi amparo eres.

REY: Levantaos, que a las mujeres
se les debe este respeto,
condesa

PRÍNCIPE: Tu majestad
me de las manos.

REY: Tu alteza
me agravia.

MARGARITA: Si en tu nobleza
tiene fuerza una verdad,
si el ver la razón que tengo,

entre el fuego en que me abraso,
si el ver la vida que paso
y la muerte que no vengo,
 si el ver que entre tantos males
escucho perpetuamente
la voz de aquel inocente
en los coros celestiales,
 si el ver que así me destruya
una sangrienta homicida
de aquella sangre vertida,
que fue hidalga por ser tuya,
 si el ver que cobras renombre
de injusto y crüel, si el ver
lágrimas de una mujer,
que esto sobra para un hombre,
 te obligan, a mi marido
me da. No digan, señor,
que perdona al ofensor
quien castiga al ofendido.
 Ayudaráme a llorar
la prenda que me ha faltado,
y ésta que el cielo me ha dado,
podré a su sombra criar.

REY: ¿Luego es de los dos también?

MARGARITA: Sí, señor.

REY: Extraña cosa.

MARGARITA: Siete años ha que de esposa
le di la mano.

REY: Está bien.

MARGARITA: En ellos, para que pene,
me otorgó la suerte mía
ésta, que el conde tenía,
y el otro, que el cielo tiene.

 Pedidle al rey, mi señor,
lo que pide vuestra madre.

ELENA: Señor, perdone a mi padre.

PRÍNCIPE: ¡Oh angelico! Si el rigor,
 que ha tenido tus oídos
tan sordos para mi ruego
es menos, y si su ruego

dejó libres tus sentidos,
porque con mi prima vengo,
tengo esperanza, señor.

REY: Mira como no es rigor,
sino razón la que tengo.

Tuvo el conde tantos bríos,
que en mi casa, y a mis ojos,
con fuego de sus enojos,
mató tres criados míos.

No respetó mi corona,
mas antes la tuvo en poco,
y aun puso, furioso y loco,
en peligro mi persona.

Mira, pues, si es bien que mande
castigar su loco intento.

PRÍNCIPE: Grande fue su atrevimiento,
pero su culpa no es grande.

REY: Ésa, pues al cielo plugo,
ver al momento conviene,
y si mi hija la tiene,
yo mismo seré el verdugo.

Sale un PAJE

PAJE: El conde ha llegado agora,
y la infanta viene ya.

REY: Espera afuera.

MARGARITA: Será
mi razón mi defensora.

REY: Tu alteza quedar podría,
si gustas.

PRÍNCIPE: El alma estima
tal merced, pero a mi prima
es justo hacer compañía.

Vanse el PRÍNCIPE y MARGARITA, y sale la INFANTA

INFANTA: Dame las manos.

REY: ¿Yo? ¿Yo?
La muerte, dirás mejor.

INFANTA: ¡Padre!
REY: ¿Yo padre?
INFANTA: Señor,
¿no eres tú mi padre?
REY: No.
INFANTA: ¿De qué estás tan ofendido?
REY: Levántate.
INFANTA: Así he de estar.
¡Mal se podrá levantar
quien de tan alto ha caído!
Manda que me acaben antes.
REY: Acaba.
INFANTA: Sí, pues comienza
mi desdicha.
REY: De vergüenza
los ojos jamás levantes.
INFANTA: Seguiré tu gusto, pues,
mas, según estás trocado,
lo que me habrán levantado
algún testimonio es.
REY: Para tan justas querellas
no es menester. ¿No ha bastado
lo que yo vi, y ha dejado
enlutadas las estrellas?
INFANTA: Escúchame...
REY: Di, crüel.
INFANTA: ...y verás, pues eres sabio,
que, por decirte mi agravio,
tomé la venganza de él.
REY: Con la inocencia, el rigor
ninguna ley le concede.
Pero prosigue.
INFANTA: Eso puede
la malicia de un dolor.
REY: ¿No dices?
INFANTA: El cielo ordena.
REY: ¿Qué te turba el corazón?
INFANTA: No es poca mi turbación
si es tanta como mi pena.
Porque estés menos airado

de oír mi afrentosa historia,
te volveré a la memoria,
padre, que me has engendrado.

Acuérdate de que fuiste
una cifra del querer,
y después de darme el ser
de nuevo otro ser me diste.

Desde el día que nací
a darte gusto empecé,
como madre te crié,
como hija te serví.

De que alcancé mil despojos
de tus manos soberanas,
de que, peinando tus canas,
solía alegrar tus ojos,

REY: ¡Oh amor de padre! No llores,
y di, que algún daño esconde,
la causa.

INFANTA: Alarcos, el Conde,
solicitó mis amores.

En tu casa me servía,
y el villano...

REY: ¡Extraña cosa!

INFANTA: ...palabra me dio de esposa,
que yo no se la pedía.

Y el vil y de baja casta,
siguiendo su loco intento,
una noche en mi aposento...

REY: No digas más, que eso basta.

INFANTA: Casóse con Margarita,
entreteniéndome mi engaño,
causa del pasado daño
y de esta afrenta infinita.

Humilde estoy a tus pies,
y por esposo le quiero.
Honrarme, señor, primero,
para matarme después.

REY: ¿Qué he de hacer? ¿Qué he de esperar,
pues le ha faltado al vivir
ánimo para morir

y fuerzas para matar?

¡Ay, mujeres! ¿Qué rigor de ley nos puede obligar a que honor puede quitar quien no puede dar honor?

Mas responderme podrán mil contrarios pareceres, que las honradas mujeres con no quitarle le dan.

¿Qué ha de hacer un hombre triste?

.....[-ejo].

Dame tú misma el consejo, ya que la ofensa me diste.

Casarte con él querría; mas ¿cómo ha de ser, traidora, pues ya en la ocasión de agora hijos y mujer tenía?

INFANTA:

Ella fue parte y testigo del yerro que te he contado, y sin respeto ha tomado por su esposo a mi enemigo.

Y pues de tan vil empresa ha sido causa, señor, para que viva mi honor mate el conde a la condesa.

Haya rigor, haya espada de justicia, en quien le abona, quede limpia esa corona con esta afrenta manchada.

Yo mismo te suplicara que a mí la muerte me dieras, si con mi sangre pudieras lavar afrenta tan clara;

pero el darme muerte esquivar, padre, sin volverme a honrar, sólo sería dejar muerta yo y mi afrenta viva.

REY:

Basta, no más; que perplejo lo que has dicho me ha dejado. Yo soy rey y soy honrado,

pero soy honrado y viejo.

Mas entre mil pareceres,
es éste de los mejores:
quien quisiese usar rigores
pida consejo a mujeres.

¡Hola! ¿Nadie me responde?

PAJE: ¿Señor?

REY: ¿Está el conde fuera?

PAJE: Sí, señor, rato ha que espera.

REY: Dile que entre. (¡Ah, falso Conde! **Aparte**

Mas si logro mi esperanza
tendré el gusto más entero,
pues, cuando menos, espero
satisfacción y venganza.)

Sale el CONDE

Conde, Con...

CONDE: (¿Qué miro agora? **Aparte**

¿No habla el Rey? Mi pena es cierta.
De colérico no acierta,
fingidas lágrimas llora.

La infanta... el rey se pasea...
Mi mal será verdadero.)

REY: (Loco estoy.) **Aparte**

INFANTA: (Venganza espero.) **Aparte**

REY: ¡Conde! ¿Quién habrá que crea
que tú, conde?

CONDE: (¡Ay, cielo!) **Aparte**

REY: (¡Ay, triste!) **Aparte**

...¿que tú, conde?

CONDE: Rey, comienza.

REY: (Tengo, al decir, la vergüenza.) **Aparte**

...que tú, al hacer, no tuviste.
Que me has afrentado digo.

CONDE: ¿Yo, señor? Dios me condene.

INFANTA: Aquí el agraviado tiene
tu conciencia por testigo.

CONDE: (¿Cómo mi cólera domo?)

Aparte

INFANTA: ¿Tú no me ofreciste a mí
de ser mi marido?

CONDE: Sí,
pero tú sabes el cómo.

INFANTA: Después, creciendo tu fuego
con tus engaños, traidor,
¿no marchitaste la flor
de mi honor?

CONDE: Eso te niego.
 ¿Qué dices?

REY: No tienes modo,
villano, ya de excusarte,
que quien confiesa esa parte
no puede negar el todo.

CONDE: Señora, de tu traición
nació mi desdicha y mengua.
Corrija el cielo tu lengua
y mueva tu corazón.

REY: ¿Turbado te has?

CONDE: No te asombre
mi confusión. ¿Qué he de hacer?
Porque sólo una mujer
puede confundir a un hombre.
De la furia más impía
vea hacerme eterna guerra,
sea el centro de la tierra
el centro del alma mía,
 máteme el mayor amigo
con mi espada y a traición,
y sirva en esta ocasión
mi disculpa de castigo,
 marchite el rojo arrebol
que este cielo me asegura,
sea mi luz la noche oscura
y mis tinieblas el sol,
 y hasta la menor estrella
escurezcan mis enojos,
no pueda verme en los ojos
de mi Margarita bella
 si aun con sólo el pensamiento

ofendí jamás tu honor
ni el de la Infanta.

INFANTA: Señor,
miento el villano.

CONDE: ¿Yo miento?
Todo cuanto el alma adora
en el suelo y en el cielo
me falte...

REY: Calla.

INFANTA: Recelo
que no te engañe.

CONDE: (¡Ah, traidora!) **Aparte**

REY: Conde, ¿es verdad...

CONDE: (¡Caso extraño!) **Aparte**

REY: ...que diste palabra, di,
de esposo a la infanta?

CONDE: Sí,
pero fue con un engaño.

INFANTA: En eso echarás de ver
que él mismo se ha condenado.
Si con otra te has casado,
¿no me afrentaste?

CONDE: ¡Ah, mujer!

REY: ¿Que tan mal se corresponde
a mi autoridad?

CONDE: ¡Ay, triste!

REY: La palabra que le diste
cumplir se la tienes, conde.

CONDE: ¿Cómo, si tengo mujer,
podré?

REY: ¿Tiemblas?

CONDE: ¿De qué suerte,
señor?

REY: Pues el daño es fuerte,
fuerte el remedio ha de ser.

CONDE: ¿Cuál es?

REY: La condesa muera.
Traspasa las justas leyes,
que las honras de los reyes

CONDE: juntos os tengo a los tres.
 ¡Jesús mil veces! ¿No ves,
 rey?

INFANTA: (El alma se me abrasa.)

Aparte

REY: De tu porfía me espanto.
 ¡Éste es mi honor y mi gusto!

CONDE: ¡Rey magnánimo, rey justo,
 rey poderoso, rey santo,
 mi señor, infanta bella,
 a tu valor corresponde!

INFANTA: Muera la condesa, conde.

REY: Muera mi afrenta con ella.
 Dirás que te he desterrado
 y partiráste hoy de aquí,
 y en el camino...

CONDE: ¡Ay de mí!

REY: ...más desierto y despoblado
 la matarás, y de suerte
 que disimules tu pena,
 buscando una excusa buena
 para disfrazar su muerte.

 La palabra me has de dar
 de lo que digo, o morir
 luego los tres.

CONDE: (Resistir
 no puedo a tanto pesar.

Aparte

 ¿Mataré a mi dulce esposa?
 Sí, que en aquesta jornada
 escogió la muerte honrada
 por huír de la afrentosa.)

REY: Y el mismo día, en secreto,
 te casarás con la infanta.
 ¿Prométeslo?

CONDE: ¿Hay pena tanta
 en la tierra? Sí prometo.

REY: ¿Júraslo así?

CONDE: Así lo juro,
 y al cielo doy por testigo
 de tu injusticia.

INFANTA: ¡Ah, enemigo!

Lavar mi afrenta procuro.
REY: ¡Hola!
CONDE: ¿Quién no muere agora...
REY: Di al príncipe y la condesa
que entren.
CONDE: Rigurosa empresa.
REY: Vete tú, infanta.
CONDE: ¡Ay, traidora!
INFANTA: Vengada voy.
CONDE: (Cielo, ¿dónde
Aparte
dan tan crüeles despojos?
¡Ay, rigor!, ¡ay, bellos ojos!)
REY: Entrad. Disimula, conde.

Entran el PRÍNCIPE y MARGARITA

Condesa, tened en mucho
el daros a vuestro esposo.
MARGARITA: Tus pies beso.
CONDE: (¡Ay, cielo hermoso!) **Aparte**
MARGARITA: Señor, ¿qué miro?, ¿qué escucho?
Halle mi desenvoltura
disculpa en mis alegrías.

Va a abrazar MARGARITA al CONDE

CONDE: (No salgáis, lágrimas mías.)
Aparte
MARGARITA: ¡Mi consuelo!
CONDE: ¡Mi luz pura!
(¡Que estimes los mismos brazos **Aparte**
que han de matarte! ¡Ah, cuitada!)
INFANTA: (Ya tiene filos la espada, **Aparte**
que ha de cortar estos lazos.)
PRÍNCIPE: Bueno fuera durar eso.

El REY y el PRÍNCIPE aparte

Gran merced he recibido.

REY: La parte y el todo ha sido
el servirte.

PRÍNCIPE: Tus pies beso.
(Viendo esta enemiga ingrata **Aparte**
toda el alma se me altera.)

INFANTA: (Muero, mas antes que muera **Aparte**
ha de morir quien me mata.)

REY: El destierro de mi corte
se ponga en ejecución,
para dar satisfacción
a mi gente, aunque no importe.

PRÍNCIPE: ¿Salen de ella desterrados?

REY: Sí, príncipe.

PRÍNCIPE: Acompañarlos
será justo, hasta dejarlos
en tierra de sus estados.

INFANTA: (Si éste va en su compañía
Aparte
pondrá estorbos a su muerte;
mas ya pienso de qué suerte
le detendré.)

CONDE: Esposa mía,
¿que iras contenta?

MARGARITA: ¿Pues no?
Contigo, sin alboroto,
del mundo en lo más remoto
viviré con gusto yo.

CONDE: (¡Ay, esposa dulce y fiel! **Aparte**
Castigue Dios soberano
los que quieren, por mi mano,
sacarte sin culpa de él.)

REY: ¿Y que no hay qué te desvíe
de ese intento?

PRÍNCIPE: Porque es justo
ir con ellos.

REY: Haz tu gusto.

CONDE: Danos los pies.

REY: Dios os guíe.

INFANTA: (Para que estorbo no fuera **Aparte**
le quisiera detener.)

MARGARITA: ¿Que te tengo?
CONDE: (¡Que he de ser el lobo de esta cordera!) **Aparte**
INFANTA: Escucha.
PRINCIPE ¿Qué he de escucharte?
(¿Qué pretende esta inhumana?) **Aparte**
INFANTA: Esta noche a la ventana te espero, que quiero hablarte.
Cosa es que te importa, ven.
PRÍNCIPE: Pues ¿en qué puedo servirte?
INFANTA: No puedo agora decirte más de que te quiero bien.
(De esta suerte he de engañar a este necio.) **Aparte**
PRÍNCIPE: Iré a servirte. (A los condes dejaré de acompañar. **Aparte**
Diré que he de ser su esposo y engañaré esta mujer.
¡Qué gran gusto debe ser enganar a un alevoso!)

Vanse todos. Sale el criado que trajo la sangre y el corazón, llamado HORTENSIO

HORTENSIO: Mucho me vendrá a deber este infante, y con razón, si, cual es la obligación, le diese el tiempo el poder.
Aquí, mi piedad por norte, le crió, y tengo guardado en lugar más despoblado y más cercano a la corte, pudiendo acudir a ella sólo a buscarle sustento. Este hidalgo pensamiento premie su benigna estrella.
De sus prendas y linaje, a sus parientes y amigos, daré por fieles testigos estos montes y este traje,

si el tiempo... ¿Quién viene allí?
Parece mujer que pasa
de la cueva, que es mi casa.

Salen el CONDE, MARGARITA y ELENA

MARGARITA: ¿Sin criados?

CONDE: (Y sin mí.) **Aparte**

De aquí nuestra gente espera
muy cerca, y ellos vendrán
cuando tú gustes.

MARGARITA: Harán

tu gusto.

CONDE: (Morir quisiera.) **Aparte**

MARGARITA: ¿Qué tenemos de hacer, amigo,
en lugar tan despoblado?

CONDE: Siéntate, que aquí sentado
quiero descansar contigo,
que tengo en el corazón
una gran congoja.

MARGARITA: ¡Ay, triste!
Y ¿cuándo tú la tuviste
en mi presencia?

HORTENSIO: Ellos son.

ELENA: ¿Qué tiene padre?

CONDE: Mis ojos,
dadme vos un beso.

ELENA: Y dos.

MARGARITA: ¿Qué es esto, mi gloria?

CONDE: (Adiós.) **Aparte**

MARGARITA: ¿Tú lágrimas y enojos,
mi regalo y mi consuelo?
Dime la causa del llanto.

ELENA: (Quiérole mi madre tanto,
¿y llora? **Aparte**

CONDE: (¡Ay, ángel del cielo!)

Aparte

MARGARITA: De que soy tuya me pesa
cuando en mi poder te hallas,
me miras, lloras y callas,

mi bien, mi conde...

CONDE: ¡Ay, condesa!

MARGARITA: ¿Qué tienes?

CONDE: La muerte toco.

MARGARITA: ¿Cómo, señor?

CONDE: Ardo en fuego.

MARGARITA: No me aflijas.

CONDE: Estoy ciego.

MARGARITA: No me mates.

CONDE: Estoy loco.

Condesa, mi bien...

MARGARITA: Mi dueño...

CONDE: Luego sabrás mis enojos,
veré si doy a mis ojos,
tras estas lágrimas, sueño.

MARGARITA: Sosiega, reposa.

CONDE: Espera,
por si puedo...

MARGARITA: Estoy sin vida.

CONDE: ...en una muerte fingida
alcanzar la verdadera.

MARGARITA: ¿Qué es esto? Estas ocasiones
no dejara de temer
si, como toda mujer,
fuera toda corazones.

(Con cien mil temores lucho. **Aparte**
¿Qué tiene el conde? ¿Qué creo?)

HORTENSIO: Cielo, ¿es cierto lo que veo,
o es quimera lo que escucho?

MARGARITA: ¿Qué haces?

CONDE: Mi mal no afloja;
veamos...

MARGARITA: (Cielos, ¿qué haré?)

Aparte

CONDE: ...si paseando podré
aliviar esta congoja.

(Todo me cansa. ¡Oh suceso **Aparte**
infelice y riguroso!
¿Puede ser?)

MARGARITA: Querido esposo,

sosiégate.

CONDE: (Pierdo el seso.) **Aparte**

MARGARITA: Vuelve, vuelve...

CONDE: ¡Ay, ojos bellos!

MARGARITA: ...a sentarte y darme abrazos.
¿No descansas en mis brazos?

CONDE: Morirme quisiera en ellos.

MARGARITA: Esta niña, aunque pequeña,
¿no es gran consuelo?

CONDE: Sí es.

ELENA: ¡Padre!

CONDE: ¡Hija!

HORTENSIO: Ver los tres
enterneciera una peña.

MARGARITA: ¿No sabría qué te aflige?

CONDE: El caso más dolorido
que en el mundo ha permitido
el que le gobierna y rige;
la más dañada esperanza,
el mayor atrevimiento,
el más crüel pensamiento,
la más injusta venganza,
el más injusto rigor,
el agravio más terrible,
la pena más insufrible
y la desdicha mayor.

MARGARITA: ¿Y qué es?

CONDE: El mayor pesar,
la más rigurosa empresa...
de morir habéis, condesa,
que el rey os manda matar.

MARGARITA: ¿Cómo, señor?

CONDE: Triste calma.
Este injusto, este tirano,
quiere que ponga la mano
donde tengo puesta el alma.

MARGARITA: Ya me ha muerto ver que tratas
tú de quitarme el vivir;
que yo no siento el morir,
sino el ver que tú me matas.

CONDE: Palabra de caballero
di de matarte, y casarme.
MARGARITA: No más, que para matarme
esto bastaba. Ya muero.

Desmáyase MARGARITA

CONDE: ¿Desmáyaste? Triste suerte;
pero ¡qué necios ensayos!,
¿qué me duelen tus desmayos
cuando procuro tu muerte?
MARGARITA: ¿Que te has de casar y que has
de emplearte en otra parte?
CONDE: ¿No sientes que he de matarte?
MARGARITA: No, que esotro siento más.
¿No me pudieras callar
esa segunda promesa
y matarme?
CONDE: ¡Ay, mi condesa!
MARGARITA: Señor, ¿que te has de casar?
Pónesme en duda la palma
que mereciera en los cielos,
que a no matarme con celos,
llevara quieta el alma.
Tu inclemencia se corrija
si es posible...
ELENA: Señor padre.
MARGARITA: ...siquiera porque soy madre
de este ángel que es tu hija.
CONDE: No es posible resistir
al rigor de este pesar.
Mas, pues no puedo matar,
¡vive Dios que he de morir!

Quiere matarse

MARGARITA: ¡Mi bien!
CONDE: Esposa querida,
deja...
MARGARITA: ¡Terribles desdenes!

¡Mi gloria!

CONDE: ¿Un brazo detienes
que ha de quitarte la vida?
Moriré, mas no mantengo
mi palabra, así es verdad.
¡Ah, cielos, que aun libertad
para matarme no tengo!

HORTENSIO: ¡Grande lástima! ¿Qué haré?
¿Saldré? No es justo salir.

MARGARITA: Si es que el uno ha de morir
de los dos, yo moriré.
Mátame.

CONDE: Yo estoy difunto
de escucharte.

MARGARITA: Mas, señor
¿Que tantos años de amor
han de acabarse en un punto?
Pero no es razón que huya
de locura que es tan cuerda;
mas no es justo que se pierda
un alma que ha sido tuya.
Querría, por mi consuelo,
confesarme.

CONDE: ¡Trance horrible!
Margarita, no es posible,
confiésate con el cielo.

MARGARITA: Baste. No más. Sea así.
Los cielos enternecidos
me escuchen, pues tus oídos
están sordos para mí.
Aunque temo su desdén,
pues con propósito firme
jamás pude arrepentirme
de haberte querido bien.

 Mas, señor, pues en la tierra
no hay cosa que no me aflija,
confesores de los cielos,
grandes son las culpas mías.

Mártires santos, valed
a esta triste que os imita;
vosotros también, pues muero
con vuestra inocencia misma,
valedme, inocentes todos;
los que en las supremas sillas
tenéis gloriosos lugares
me valed, y vos, bendita
abogada de los hombres,
Virgen preñada y parida,
Madre del Eterno Hijo,
del Eterno Padre hija,
intercede por mí agora
y aparejad una silla
adonde, por culpa nuestra,
contemplo tantas vacías,
y quédese el mundo en paz,
pues es su guerra infinita.
A vos yo os perdono, conde,
por el amor que os tenía,
pero, pues sin culpa muero,
para dentro en quince días
al rey cito y a la infanta,
ante la justa justicia.
Agora déjame dar
dos abrazos a esta niña.

ELENA: Padre, no mate a mi madre.
CONDE: ¡Qué congoja!
MARGARITA: ¡Qué desdicha!
Y a ti también te abrazara,
pero no quiero que digas
que hace lo mesmo al verdugo
el que la vida le quita.
Con todo, quiero abrazarte.
CONDE: Algún demonio me incita.
Ya de puro sentimiento,
de lástima, de mancilla,
el seso he perdido, rabio;
y aunque la condesa es mía,
seré, pues lo quiere el rey,

sosiego.

CRIADO: Y maté un caballo
por avisarte.

ELENA: ¡Ay!

PRÍNCIPE: ¿Qué oí?

ELENA: ¡Señor tío, señor tío!

PRÍNCIPE: ¿Hay cosa tan peregrina?
¿Cómo tan sola, sobrina?

ELENA: Hanme dejado.

PRÍNCIPE: ¡Ángel mío!
¿Y quién tan sola os dejó?

ELENA: Mataron aquí a mi madre.

PRÍNCIPE: Y ¿quién la mató?

ELENA: Mi padre.

PRÍNCIPE: ¿Vístelo vos?

ELENA: Vilo yo.
Bien lo vi y bien le pesaba.

PRÍNCIPE: ¿Hay pena como la mía?

ELENA: Y así llorando decía...

PRÍNCIPE: ¿Qué?

ELENA: Que el rey se lo mandaba.

PRÍNCIPE: Jesús, decid la verdad!
Y ¿por qué?

ELENA: Porque se case
con la infanta.

PRÍNCIPE: ¿Que eso pase?
¿Hase visto tal maldad?
Pues no ha de ser de esta suerte,
aunque el cielo lo permita,
que en mí tiene Margarita
quien sabrá vengar su muerte.

ELENA: ¡Oh, rey falso! Y tú, mis ojos,
¿cómo aquí tan sola estás?

ELENA: Dejóme y fuése.

PRÍNCIPE: ¿Eso más?
Vamos, que rabio de enojos;
y pues con razón me fundo
y esto acabo de entender,
una venganza he de hacer
con que atemorice al mundo.

Vanse. Sale el CONDE y CRIADOS

CONDE: Pienso que es éste el lugar
 donde mi esposa he dejado,
 mas tal estoy de turbado
 que aún no le podré hallar.
 Ya ha rato que ando perdido.
 ¿Éste será? ¡Extraña cosa!
 Pero no está en él mi esposa,
 al cielo se habrá subido.
 Mi hija quedó con ella
 y falta también--¡ay, Dios!--
 que cualquiera de las dos
 le podrá servir de estrella.
 Mas ¿cómo no arroja rayos,
 si es justo, a un pecho alevoso
 como el mío? ¡Ay, cielo hermoso!
 Mortales son mis desmayos.

CRIADO: Señor...
CONDE: Déjame y de un monte...
CRIADO: ¿Qué haces?
CONDE: Criados míos,
 por buscarlas dividíos
 todos por este horizonte.
CRIADO: Será así.
CONDE: Mi pena es tanta
 ¿y la muerte no me doy?
 Mas pues a la corte voy,
 y veré al rey y a la infanta,
 con verme me matarán;
 que pues con pecho atrevido
 causa de mi daño han sido,
 mis basiliscos serán.

Vanse todos. Salen el REY y dos GRANDES

GRANDE 1: No es rigor, sino justicia,
 volver un rey por su honor.
GRANDE 2: Y, cuando fuera rigor,

le merece su malicia.

REY: No es poco gusto saber,
para en ocasión que importe,
que dos grandes de mi corte
aprueben mi parecer.

GRANDE 1: Como de tu ingenio es.

REY: Si tiene el debido efeto,
casarse han luego en secreto,
y publicarse ha después.

Y pues sabréis que me vengo,
o al menos me satisfago,
del casamiento que hago
y de la razón que tengo
seréis testigos.

GRANDE 1: Tú puedes
mandarnos.

GRANDE 2: No hay que dudar.

REY: Y vosotros esperar
mis regalos y mercedes.

Y si no cumple el villano
su palabra y mi deseo,
por el Dios que adoro y creo,
justo, eterno y soberano,
que de haber burlado así
un real y noble pecho,
ha de hallar el mundo estrecho
para guardarse de mí.

Sale la INFANTA y un CRIADO

CRIADO: Él y un paje en dos caballos
a toda furia salían.
El príncipe...

INFANTA: Correrían,
sin duda, para estorballos.
Algún aviso ha tenido,
algún estorbo recelo
a mi gusto. Quiera el cielo,
aunque de mí está ofendido,
que caiga, si corre a eso,

REY: Di lo que has hecho,
que cuantos mirando estás
lo saben.

CONDE: Y tú sabrás
que tuve de acero el pecho.

REY: Agora quiero abrazarte,
pues que le tuviste hidalgo.
Levanta.

CONDE: (De seso salgo.) **Aparte**

REY: Al momento he de casarte
con mi hija, que es lo más
que a mí la suerte me ha dado.

CONDE: (Yo quedaré bien pagado,
con la muerte que me das,
de la que di a mi mujer.
¡Ah, cielo!) Beso tus pies. **Aparte**

REY: Pues el duque y el marqués
testigos vienen a ser
de este casamiento, luego
le da la mano.

CONDE: Sí, doy.

INFANTA: Y yo la tomo.

CONDE: (Y yo estoy **Aparte**
de cólera mudo y ciego;
pero pagarme convino
a mi desdicha el tributo.)

REY: A desposarse con luto
fuiste el primero que vino.

CONDE: Que así había de venir
nos enseña la experiencia,
por la poca diferencia
que hay del casarse al morir.

INFANTA: (Ya me han vengado los cielos, **Aparte**
porque este forzado empleo
no ha sido amor ni deseo,
sino tema, rabia y celos.
Aborrézcame el traidor,
que, porque su pena crezca,
deseo que me aborrezca,
para vengarme mejor.)

GRANDE 1: Gocéis mil años del bien
que tenéis.

GRANDE 2: No tenga igual
vuestro gusto.

CONDE: (De mi mal **Aparte**
me están dando el parabién.)

INFANTA: Déjeme el cielo pagar
vuestro buen celo.

GRANDE 1: Señora,
mil años vivas.

REY: Agora
mis hijos quiero abrazar.

INFANTA: Las manos nos da por ello.

REY: El alma daros quisiera.

CONDE: (¡Cuánto mejor estuviera

Aparte
aquel lazo en este cuello!)

GRANDE 1: Sentimiento muestra el conde.

GRANDE 2: Quería mucho a su esposa.

GRANDE 1: Y casi a ninguna cosa
de las que escucha responde.

***Suena dentro ruido y dicen desde dentro el
PRÍNCIPE y un PAJE***

PAJE: Al rey he de avisar.

PRÍNCIPE: Es un tirano.
Dejadme entrar, o quedará deshecho
este palacio a coces. ¡Oh, villano!

PAJE: ¡Ay, que me ha muerto!

PRÍNCIPE: Ha sido de provecho.

Sale el PRÍNCIPE

Si eres, rey, descendiente de otros reyes,
¿ha sido hazaña digna de tu pecho
romper y traspasar las justas leyes?
¿Es hazaña de rey lo que tú hiciste?
¡Hiciéranlo los que andan tras los bueyes!
Y tú, conde villano...

CONDE: ¿Qué dijiste?
GRANDE 1: Mira, príncipe ciego...
PRÍNCIPE: ¿Ha sido justo
lo que hasta él mismo cielo tiene triste?
..... [-usto]
..... [-isto]
..... [-usto];
pero ¿cómo a mi cólera resisto?
Dime, Conde traidor, ¿habrás hallado
en las leyes de amor, o en las de Cristo,
que el dar la muerte a quien la muerte
has dado
fue cosa justa? Por quererlo un hombre
mataste un ángel.
REY: Oye, hante informado
mal, y hablaste peor.
CONDE: Ése es mi nombre,
pues traidor me llamaste. Yo confieso
que tengo culpa, aunque mi culpa asombre,
pero perdí el valor perdiendo el seso.
PRÍNCIPE: ¡Oh, enemigo; oh, tirano!
REY: ¿Que permita
esto, en su casa, un rey?
PRÍNCIPE: ¡Qué bueno es eso!
¡Súfrete el cielo a ti...!
REY: ¡Rabia infinita!
¡Prendelde!
PRÍNCIPE: ¿Qué prender? Tirano, advierte
que es de mi sangre y casa Margarita,
y así, en este ofendido pecho fuerte,
enciende el fuego su ceniza fría,
que ha de abrasarte a ti y vengar su muerte.
Y tú, Circe crüel, infame arpía...
Mas yo me vengaré...
INFANTA: Villano, calla.
PRÍNCIPE: Si junto mi valor con el de Hungría,
comienza a defender esa muralla
de mis intentos solos.
REY: Serán vanos.
PRÍNCIPE: Con mi aliento me atrevo a derriballa.

riego con lágrimas yo.

Seis años ha que a tus ojos
lloro mi infelice historia,
sin perder de mi memoria
el menor de mis enojos.

Sale CARLOS como que huye

CARLOS: ¡Padre, madre!
MARGARITA: Dios te guarde.
HORTENSIO: ¿De qué huyes?
CARLOS: De un león.
HORTENSIO: ¿Es de hombre tu corazón?
MARGARITA: Hijo villano, cobarde,
 ¿miedo tenéis, sino a Dios,
 y de una fiera huís?
 ¿De qué tembláis? ¿Qué decís?
 ¿Sangre de rey tenéis vos?
CARLOS: Siendo tan pequeño agora
 no es mucho que me recate;
 mas volveré a que me mate
 si ése es tu gusto, señora.
MARGARITA: Tente, aun no te obligo a tanto,
 pero ¿temblando has de huir?
 Los hombres han de morir
 de heridas y no de espanto.
 ¿Crees en Dios y en su ley?
CARLOS: Sí, madre.
MARGARITA: A todo responde.
 ¿Quién tienes por padre?
CARLOS: Al conde.
MARGARITA: ¿Y por enemigo?
CARLOS: Al rey.
MARGARITA: Y dime, un buen caballero
 ¿qué cosas ha de tener
 para parecerlo?
CARLOS: Ser
 buen cristiano lo primero.
MARGARITA: ¿Y de trato?
CARLOS: Noble y claro.

MARGARITA ¿Qué más?

CARLOS: No hacer cosa fea.

MARGARITA: ¿Y en lo que gastar?

CARLOS: Que sea
entre pródigo y avaro.

MARGARITA: ¿Con las mujeres?

CARLOS: Afable.

MARGARITA: ¿Y ha de querer?

CARLOS: A ninguna.

MARGARITA: ¿Paciente?

CARLOS: Con la Fortuna.

MARGARITA: ¿Y en lo que promete?

CARLOS: Estable.

MARGARITA: ¿Qué hará si debe?

CARLOS: Pagar.

MARGARITA: ¿Qué no ha de ser?

CARLOS: Inquieto.

MARGARITA: ¿Y qué ha de guardar?

CARLOS: Secreto.

MARGARITA: Pocos le saben guardar.
¿Qué no ha de dar?

CARLOS: Ocasión.

MARGARITA: ¿Si se la dan?

CARLOS: Arrojarse.

MARGARITA: ¿Si le ofenden?

CARLOS: Mejorarse.

MARGARITA: ¿Y qué ha de tener?

CARLOS: Razón.

MARGARITA: ¿Ser amigo...?

CARLOS: ...de su amigo.

MARGARITA: ¿Qué hará?

CARLOS: Servirle y honrarle.

MARGARITA: ¿Y al enemigo?

CARLOS: Estimarle.

MARGARITA: ¿Y qué más?

CARLOS: No serle enemigo.

MARGARITA: Y, sobre todo, ¿qué importa?

CARLOS: Que diga siempre verdad.

MARGARITA: Esa lición repasad
cada día, pues es corta.

HORTENSIO: Gran mujer, si cada día,
la que tú le das, señora,
diesen los padres de agora,
menos infames habría.

MARGARITA: Este niño es mi consuelo,
quiérole como al vivir.

HORTENSIO: Vamos, Carlos, de esgrimir
tomaréis lición.

CARLOS: ¡Ah, cielo!
Si tú me dejas crecer,
con la fuerza de mis brazos
leones hechos pedazos
a mi madre he de traer.

Vanse y queda MARGARITA sola

MARGARITA: Ya que sola me han dejado
en mi ordinario ejercicio,
haced, ojos, el oficio
que mi desdicha os ha dado.
¡Ay, conde Alarcos!...¿Quién viene?

Sale ELENA

ELENA: ¡Qué bién empleados pies!

MARGARITA: Una pastorcilla es
que grande donaire tiene.

ELENA: ¡Ay, Jesús! ¿Cómo
resisto
a este trance? Huir no puedo
con el miedo.

MARGARITA: Tiene miedo.
Sin duda aquel rostro he visto
otra vez, mas no imagino
cómo y dónde. Espera, espera.

ELENA: ¡Ay, cuitada! Bueno fuera.
¡Valedme, cielo divino,
que no puedo, de turbada,
valerme!

MARGARITA: No hay que temer,

que como tú soy mujer,
aunque mujer desdichada.

¿Espanto yo?

ELENA: Sí, que estás
como salvaje entre fieras.

MARGARITA: Pues, si mi desdicha vieras,
te hubiera espantado más.

Dame la mano.

ELENA: No oso
un poco el miedo he perdido.

MARGARITA: Pues, aunque del sol curtido,
rostro tengo.

ELENA: Y harto hermoso.

Parece que el corazón
con verte se alegra un poco.
Desde que te miro y toco
te voy cobrando afición.

Y que te he visto sospecho
otra vez, pero no vengo
a conocerte.

MARGARITA: Si tengo
negro el rostro y ronco el pecho,
no es posible, y es tu edad
muy poca para acordarte
dónde, cómo y en qué parte
me viste.

ELENA: Dices verdad.

MARGARITA: Abrázame. Cosa rara,
yo también--¡ah, tiempo ingrato!--
tengo en el alma un retrato
muy parecido a tu cara,
y ahora, amiga, querría
meterte do esté escondido.

ELENA: En amor se ha convertido
el miedo que te tenía.

MARGARITA: ¿Quién eres?

ELENA: Por el efeto
que has hecho de amor en mí,
quiero decírtelo.

MARGARITA: Di.

ELENA: Has de guardarme secreto.

Yo soy, aunque en este traje,
hija de Alarcos el conde.
El color tienes perdido,
¿qué te turba y descompone?
Ya vuelve a cobrar tu rostro
sus perdidos arreboles
¿Por qué me abrazas y lloras?
¿Qué dices? ¿No me respondes?
Señora, ¿qué extraño efeto
han hecho en ti mis razones?
Vuelve en ti y dime la causa.
Prosigue, amiga.

MARGARITA:

ELENA: No llores.

Pues un día desdichado
que salimos de la corte
mi padre, mi madre y yo,
de muy poca edad entonces,
en un despoblado valle
que está en la falda de un monte,
mató mi padre a mi madre,
el cielo se lo perdone.
Y un hombre en tu traje mismo,
su cuerpo en brazos llevóse,
dejándome sola y a mí
dando alaridos y voces.
Hallóme el de Hungría así,
que es mi tío, y preguntóme
la causa. Contéle el caso;
como era justo, sintióle.
Juró de darme venganza,
y entregóme a unos pastores,
diciéndome que partía
lleno de pena a la corte,
donde halló que con la infanta
estaba casado el conde.
¡Terribles son tus extremos!
Prosigue, amiga.

MARGARITA:

ELENA: No llores.

Con todos se descompuso,
y usando de sus rigores
le mandó prender el rey.
Mientras pudo defendióse,
pero apretado, a prisión
hubo de darse a la postre,
y aun dice que le mataran
a no tener valedores.
En un castillo le tiene,
que se ve desde este monte,
donde padece ha diez años
los trabajos más inormes.
Murió su padre en Hungría,
y un vasallo suyo alzóse
con el reino, y esto es causa
que ninguno le socorre.
Yo le hablo algunas veces
por la reja de una torre,
llevándole en esta cesta
cuándo fruta, cuándo flores.
Estoy en la casa misma
donde me dejó, aunque pobre
contenta, pues le consuelo,
y alegre de que me adore.
Pues sabes quien soy, agora,
ansí mil años te goces,
que me digas tú quién eres.
Dame los brazos.

MARGARITA

ELENA:

No llores.

MARGARITA:

Más lugar he menester
para que mi historia cuente,
y un grande tropel de gente
llega ya, voyme a esconder.

¿Que te miro, que te toco?
¡Cielos santos, cielos justos!
Ya llegan... ¡Todos los gustos
suelen durarme tan poco!

Vuelve a verme de aquí un rato
aquí mesmo.

ELENA: Así lo haré.
MARGARITA Yo, hija, te mostraré
ELENA: ¿Qué?
MARGARITA: De tu madre un retrato.
ELENA: De tan extraño suceso
con razón me maravillo.
Adiós, y voyme al castillo
donde el príncipe está preso.

**Vase. Escóndese MARGARITA, y salen el REY,
el CONDE, la INFANTA y MARCELO**

REY: ¡Qué bien corrió al jabalí
el lebrel!

INFANTA: ¡Fue buena suerte!

CONDE: (¿Cómo alcanzaré la muerte **Aparte**
si vuela huyendo de mí?)

MARGARITA: Quien tal mira ¿qué padece?

VOZ: ¡Aquí, aquí! ¡Más gente acuda! **Dentro**

REY: Voces oigo, sí, sin duda
que algún buen lance se ofrece.
Vamos todos.

Vase el REY solo

INFANTA: Tú, señor,
¿no vienes conmigo?

CONDE: No.

INFANTA: ¿Por qué?

CONDE: ¿No sabes que yo
si estoy solo estoy mejor?

INFANTA: Ya sé que de noche y día
te canso.

CONDE: Dices verdad.

INFANTA: Y es tu misma soledad
tu apacible compañía.
Ya sé que tu Margarita
muerta ocupa tu memoria.

MARGARITA: ¡No me ha dado poca gloria
oírlo!

CONDE: Será infinita.
INFANTA: Conde, que en tan largos años,
porque para ti lo han sido,
¿los enojos no has perdido
conmigo?

CONDE: Fueron extraños.
INFANTA: Vuelve, señor, en tu acuerdo,
que como loco has quedado
desde entonces.

CONDE: Y he mostrado
sólo en eso que soy cuerdo;
que quien el seso y el ser
no pierde, si es grave el mal
que le sucede, es señal
que no tuvo qué perder.

INFANTA: Ya imagino que eres loco,
pues por tal te has confesado.

CONDE: Y tú cuchillo embotado
que me matas poco a poco.

INFANTA: Dame la mano, que estoy...
CONDE: Presto me quieres matar,
pues filos le quieres dar
en la mano que te doy,
pues cuando tuya no fuera,
bastaba acordarme yo
de que el alma me costó
el dártela...

MARGARITA: ¡Quién pudiera
quitársela ahora!

INFANTA: ¡Ay, triste!

CONDE: Déjame.

INFANTA: Crüel estás.

MARGARITA: Pues con dársela me das
la muerte que no me diste.
Estoy por vengarme agora,
pero debo más respeto
al conde.

INFANTA: ¡Qué extraño efeto
de crueldad!

CONDE: Dejad, señora.

INFANTA: Ya deajo--iah rigor terrible!--
de cansarte y de cansarme;
pero dejar de vengarme
de un villano, no es posible.
Queda en paz, que de mi guerra
no ha de escaparse tu vida.

Vase la INFANTA

CONDE: Para tenerte escondida
abra su centro la tierra.

MARGARITA: Consuelo dan sus desdenes
a mis penas inmortales.

CONDE: La memoria de mis males,
y el archivo de mis bienes,
descuelga de aquel arzón,
y en mi ordinario ejercicio
pasaré un rato.

MARGARITA: El jüicio
se le ha vuelto, y con razón.

MARCELO: Mejor es que te diviertas
en otra cosa.

CONDE: Marcelo,
¿no sabes que mi consuelo
consiste ya en prendas muertas?
Ve al momento.

MARCELO: Pues yo voy.

Vase MARCELO

CONDE: ¿Dónde estás, mi prenda cara,
Margarita?

MARGARITA: ¡Quien llegara
a decirle dónde estoy!

CONDE: ¿Dónde estás? ¿Qué triste suerte
permite...

MARGARITA: Muero callando.

CONDE: ...que siempre te esté mirando
y que nunca pueda verte?

MARGARITA: ¿Qué esperáis, cobardes pies?

¿Hablaréle? No,...

CONDE: ¡Señora!

MARGARITA: ...que me está llamando agora
y me matará después.

¡Maldigo a quien os quisiere,
hombres, pues no puede ser
confiarse la mujer
del hombre que más la quiere!

CONDE: A mi Margarita bella
pienso que el alma divisa,
que muchas estrellas pisa.

MARGARITA: Y es infelice su estrella.

CONDE: ¿Qué habrá que no me inquiete?

Entra MARCELO

MARCELO: Ya la maleta está aquí.

CONDE: Y yo, triste, estoy sin mí.
Ábrela, Marcelo, y vete.

MARCELO: Ya está abierta.

CONDE: ¡Ay, prendas mías,
penas vivas, muertas glorias,
como infelices memorias
de aquellos felices días!

Salid, pues mi fe os empeño,
y tanto lugar os doy
de vengaros, que yo soy
el que maté a vuestro dueño.

Salid, y servid de espadas
contra mí, pues venís juntas,
y vuestras agudas puntas
en mi memoria afiladas.

Cualquiera de estos cabellos
el mismo sol eclipsaba,
y cuando yo los cortaba
mil almas colgaban de ellos.

Quedé entonces satisfecho
de mis celos y sospechas,
y agora sirven de flechas

que me atraviesan el pecho.

Vos, sortija, estáis aquí,
testigo de que os tomé
cuando me dieron la fe
que yo sin culpa rompí.

Corrida estaréis de estar
en las manos de un villano,
o en el dedo de una mano
que a un ángel pudo matar.

Salid, papeles que habláis
para darme más tormento,
que a fe que no os lleve el viento
pues mis pesares lleváis.

Lee un papel

"Amigo del alma"--¡ay triste!--
¿que esto dijiste de mí?
"Para servirte nací."
¿Qué leo?, ¿Que esto me escribiste?
¿Para quererme? ¡Ah, rigor
de los cielos soberanos!
Para morir a mis manos
hubieras dicho mejor.
¡Ah, traidor! Nunca merezca
el cielo, pues que maté
un ángel suyo.

MARGARITA:

No sé
si me alegre o me entristezca.

Hecha un mármol, hecha un hielo
callo y miro lo que siente.

CONDE:

¡Que la tierra me sustente
y no me castigue el cielo!

Venid, espejo, despojos
del rostro que retratastes
algunas veces que hurtastes
tan dulce oficio a mis ojos.

¡Cuántas pudiste encerrar
esta cara junto a aquélla,
ésta alegre, aquélla bella,

porque así suelen juntar,
cuando Amor les da el consejo,
los que de Amor llevan palma,
como en dos cuerpos un alma,
dos caras en un espejo!

Agora ya no veré
en tu luna limpia y clara
los soles de aquella cara,
a quien yo la luz quité.

MARGARITA: Sin pensarlo me he llegado,
pero está tan divertido
que no me verá.

CONDE: El sentido
o el alma se me ha turbado,

Ve el rostro de MARGARITA dentro del espejo

o veo su rostro hermoso
en otro cuerpo. Es visión
¿o hace la imaginación
caso? Cielo poderoso,
¿que es de mi esposa?

MARGARITA: Sin duda
que en el espejo me ha visto,
hüir quiero.

CONDE: ¿Qué resisto?
¿Quién me ofende? ¿Quién me ayuda?
Señora, no seas crüel,
niño soy...

MARGARITA: El alma dejo.

CONDE: ...que busca tras el espejo
lo que está mirando en él.
¿Su rostro no me mostrabas?
Sí, que yo le pude ver
en tu luna. A ser mujer,
pensara que me engañabas.

¿No le vi, suelto el cabello,
y una piel sobre los hombros?
¿Qué de quimeras y asombros
me afligen! ¡Ay, ángel bello!

¿Dónde estás? Habrá sacado
la cabeza de mi pecho
y, como le vino estrecho,
le ha descompuesto el tocado.

Pero la piel, ¿cúyo era?
En él se la habrá vestido,
que, como tan fiero ha sido,
le ha dado el traje de fiera.

Sal, mi bien, si te has metido
en aposento tan triste.

Mas ¿quién duda, pues te fuiste,
que me has dejado y te has ido?

¿Que te has ido? Aunque te pesa,
te buscaré en cualquier parte.

Rabiando voy a buscarte.

¡Cielo, dame mi condesa!

MARGARITA: Voces da el conde, y yo voy
siguiendo mi desventura.

De este monte en la espesura
pienso que segura estoy.

De aquí veré lo que pasa,
tras esta mata escondida.

CONDE: Vuelve, condesa querida,
a este pecho que se abrasa.

Mas yo te maté--¡ay de mí!
¿Cómo te busco y te lloro?

Mas ven, que tu sombra adoro,
si es tu sombra la que vi.

MARGARITA: ¡Ay, amigo!

CONDE: ¡Fuente clara,
tus aguas quieren crecer
mis ojos; ya vuelvo a ver
en tu claridad su cara!

Sin duda que es el traslado
de mi Margarita bella,
si no es que, pensando en ella,
en ella me he transformado.

Pero, ¿cómo puede ser?

MARGARITA: Que me ve en la fuente creo.

CONDE: Porque aquí dos caras veo,

dos caras debo tener;
que en señal de ser traidor
el cielo me las envía,
y aun bien que añadió a la mía
ésta, que fue la mejor.

Mas no fue sin ocasión,
porque viéndola tan bella,
querrá que miren en ella
si fue grande mi traición.

Mas ¿no puede ser que aspira
a enviarme algún consuelo
Margarita, y desde el cielo
en esta fuente se mira?

Mas yo, ¿no la miro aquí?
Lo más cierto es que sospecho
que entra y sale de mi pecho
por martirizarme así.

Cuando tan crüel no fuera,
le rompiera yo en efeto
por saber este secreto.

Quiérese abrir el pecho

MARGARITA: ¡Quien socorrerle pudiera!
¡Loco está!

CONDE: Mas soy crüel,
tente, mano rigurosa,
que dirá mi dulce esposa
que quiero sacarla de él.
¿Qué haré? Que soy un abismo

Entra un VILLANO

VILLANO: Pues de sed vengo perdido
beberé.

CONDE: Infame, atrevido,
sin duda que el rostro mismo
viste como yo, en la fuente,
y con tu vergüenza poca,
quieres llegarle a la boca.

Mataréte a coces.

VILLANO: Tente.

Bebía, no pienses tal.

CONDE: Pues ofensa no me has hecho,
mírame si en este pecho,
que fue un tiempo de cristal...

VILLANO: (Loco está.) **Aparte**

CONDE: ...si un rostro bello
verás.

VILLANO: ¿De qué?

CONDE: De mujer.

VILLANO: Sí, señor.

CONDE: ¿Que puede ser?
¿Y tiene suelto el cabello?

VILLANO: Sí, señor.

CONDE: ¡Extraña prueba!
No son quimeras ni asombros.
¿Qué lleva sobre los hombros?

VILLANO: Una albarda.

CONDE: ¿Albarda lleva?
¡Villano enemigo, infiel!
¿No lleva una piel, traidor?

VILLANO: Tente, verélo mejor.

CONDE: Mira bien.

VILLANO: Lleva una piel.

CONDE: Ve mirando poco a poco.
¿Qué ves?

VILLANO: (Tu asadura veo. **Aparte**
Que está cerca mi fin creo,
que estoy en poder de un loco.)

CONDE: ¿Qué, villano?

VILLANO: No veo nada.

CONDE: ¿No ves a mi esposa?

VILLANO: Sí.

CONDE: ¿Está descontenta, di?

VILLANO: Parece que está enojada.

CONDE: ¿Podré verla yo?

VILLANO: ¿Pues no?

CONDE: ¿Cómo, amigo? Dilo pues...

VILLANO: Volviéndote del revés

la podrás ver como yo.

CONDE: ¿Qué dices?

VILLANO: Que Dios me valga...

CONDE: ¡Oh, el más vil de los villanos!

VILLANO: ...y ponga tiento en tus manos.

CONDE: Mas ruégale tú que salga,
 amigo.

VILLANO: ¿Podrá ser eso?

CONDE: Sí, que denantes salía.
 Díselo.

VILLANO: Señora mía,
 salí vos. (¡Hay tal suceso!)

Aparte

CONDE: ¿Qué dice?

VILLANO: Que te desea
 en todo, señor, servir,
 pero que no osa salir
 por no parecerte fea.

CONDE: ¿Fea un ángel?

VILLANO: (Otros diez **Aparte**
 quisiera de guarda.)

CONDE: Muera
 un desconocido.

VILLANO: Espera,
 rogaréselo otra vez.
 ¡Ay, ay, Dios!

CONDE: Calla.

VILLANO: ¿Que calle?
 Estoy perdiendo mil vidas
 de miedo.

CONDE: Yo haré que midas
 lo que hay desde el monte al valle.
 Mataréte.

VILLANO: ¡Loco honrado!

CONDE: ¿Qué cosa...

VILLANO: ¿Qué quiere hacer?

CONDE: ...habrá segura, en poder
 de un loco desesperado?

Tómale al brazo y vanse, y salen ELENA y

CARLOS, cada uno por su puerta

ELENA: Pues al castillo llegué,
haré la seña.

CARLOS: Perdone,
los límites que me pone
mi madre, esta vez pasé.

ELENA: Pues por todo este horizonte
quien pueda verme no siento.

CARLOS: No fue poco atrevimiento
dejar lo espeso del monte.

ELENA: Mas, ¡ay Dios!, ¿qué llevo a ver?
Ya llega, esperarle puedo,
que a este traje perdí el miedo
después que vi una mujer
 con estos toscos despojos,
y los mejores merece.

CARLOS: ¿Qué veo, qué se me ofrece
tan agradable a los ojos?
 Allá me llevo ¿Quién eres?

ELENA: Una mujer. ¡Qué galán
salvajito!

CARLOS: Y ¿así van
en el mundo las mujeres?

ELENA: Así van.

CARLOS: Por mi desgracia,
no las he visto.

ELENA: ¿De veras?

CARLOS: Heme criado entre fieras
en este monte.

ELENA: ¡Qué gracia!

CARLOS: ¡A fe que es cosa de ver!

ELENA: ¿Agradan os?

CARLOS: Sí, por Dios.
Y ¿todas son como vos?

ELENA: Y más bellas,

CARLOS: ¿Puede ser?
 Decid.

ELENA: Donaire infinito.

CARLOS: ¿Qué es, que desde que os miré

voy sintiendo un no sé que
que me desmaya un poquito?
Tengo, entre ciertos antojos
que el alma no me declara,
un calorcillo en la cara
que entra y sale por los ojos.

ELENA: A eso llaman afición,
o amor.

CARLOS: ¿Eso es cierto?

ELENA: Sí.
(Yo lo sé bien, ¡ay de mí!)

Aparte

CARLOS: ¿Dónde está?

ELENA: En el corazón
hace primero su asiento,
y luego al alma se pasa.

CARLOS: Y ¿qué efectos hace?

ELENA: Abrasa.

CARLOS: ¿Abrasa? Abrasar me siento.
Amor tendré. Y vos habréis
probado de su rigor,
que, pues sabéis qué es amor,
sin duda que amor tenéis.

ELENA: Por oídas lo sé yo.

CARLOS: A ser eso no os asombre,
conoceréisle en el nombre,
pero por las señas no.

Mas decí, ¿no me diréis,
ya que a conocerlo vengo,
este pesar que yo tengo
de pensar que amor tenéis,
cómo le llaman?

ELENA: (¡Ah, cielos!
Corrida estoy.)

Aparte

CARLOS: ¿No os obligo?
Respondedme a lo que os digo.

ELENA: A ese pesar llaman celos.

CARLOS: ¡Celos! En mi pecho están.
¿Qué pena se les iguala?
Pues a una cosa tan mala,

¿nombre tan bueno le dan?
A los cielos se parece
en el nombre, pero en el rigor
al infierno.

ELENA: Es un dolor
que con los remedios crece.
(¡Qué gran donaire ha tenido!)

Aparte

CARLOS: Pues ¿con qué haré resistencia
a este mal?

ELENA: Con el ausencia.

CARLOS: ¿Por qué?

ELENA: Porque causa olvido.
Cuando la dama es ingrata,
se entiende.

CARLOS: ¡Gran desventura!
¿Y cierto la ausencia cura?

ELENA: A lo menos cura, o mata.

CARLOS: Otro remedio más llano
busco yo, a decir verdad.
Dame la mano.

ELENA: Tu edad
me obliga a darte la mano.

Dásele

CARLOS: ¡Qué gusto siento!

ELENA: ¡Qué bien!

CARLOS: Ya celos no me atormentan.
Y ¿con esto se contentan
los hombres que quieren bien?

ELENA: ¿Luego es esta gloria poca?
(Muerta de risa le escucho.)

Aparte

CARLOS: ¿No la hay mayor?

ELENA: Cuando mucho,
pueden llegar a la boca.

CARLOS: Gran gloria será. Pues yo
a llegarla me dispongo.

Llega la mano a la boca

Y así en los ojos la pongo.
¿Será disparate?

ELENA: No.

CARLOS: ¿Con qué pagarte podré
el contento que me das?
Y ¿puede llegar a más
este gusto?

ELENA: Bien, a fe,
no puede, no haciendo injuria
al honor.

Sale el CONDE como furioso

CONDE: ¡Mueran, villanos!
¡Ninguno vendrá a mis manos
que se escape de mi furia,
hasta que el rey y la infanta
me paguen el mal que han hecho!

CARLOS: Que viene loco sospecho.

ELENA: Ya su locura me espanta.

Cógelos el CONDE debajo los brazos diciendo

CONDE: He de arrojar estos dos
de una peña, la más alta.

CARLOS: El ánimo no me falta,
fáltame la fuerza.

ELENA: ¡Ay, Dios!

CARLOS: Espera.

ELENA: Señor, ¿qué hacéis?

CONDE: De una peña he de arrojaros.
Pero, si vuelvo a miraros,
no sé, amigos, qué os tenéis,
que tanto os siento apegar
al pecho, al alma y al ser,
que ya no podéis caer
aunque yo os quisiera arrojar.
¿Qué me hicistéis? ¿Qué tenéis,
que si os miro y me miráis

mi locura reportáis
y mi pecho enternecéis?

CARLOS:

Suéltanos.

CONDE:

¿Huyes? Espera.

ELENA:

Huye tú también.

CARLOS:

No quiero,
que un honrado caballero
no puede huir aunque muera.

Mi madre lo dice así
y así lo pienso yo hacer.

CONDE:

¿Qué me queda ya por ver,
pues todos huyen de mí?

¡Qué mucho, si estoy envuelto
entre sombras! Cosa es clara.
Siempre miro aquella cara
con aquel cabello suelto.

Tras mí la llevo, y no vale
decirle la pena mía,
que por los pechos salía
y por las espaldas sale.

Venganza pide, eso es.
Hoy he de ser un abismo
por vengarla, y de mí mismo
se la pienso dar después.

CARLOS:

Algún dolor le condena.

CONDE:

¡Ay de ti, conde, que viste
tu esposa en figura triste
y no te acaba la pena!

Vase el CONDE

ELENA:

¿Fuése ya?

CARLOS:

¿Que me has dejado?
¿Que huír sabes?

ELENA:

Escondida
estaba allí, y de tu vida,
a fe, con grande cuidado.

¿Vuelve a venir?

CARLOS:

Que no viene.
¿Conocístele?

ELENA: Gracioso donaire y brío.
Amor a tenerle vengo
diferente del que tengo
a mi príncipe y mi tío.
 Llegarme quiero a la torre.

Sale a la ventana de la torre el PRÍNCIPE

 Ce, ce, ce.

PRÍNCIPE: La seña siento
de la que en este momento
me consuela y me socorre.
 ¿Cómo, Elena, te has tardado?

ELENA: Como el camino he perdido,
he tardado y he venido
con harta pena y cuidado.

PRÍNCIPE: Siempre mis desdichas lloro
los ratos que no te veo.

ELENA: Pagas con esto el deseo
con que te sirvo y adoro.

PRÍNCIPE: ¡Cuándo llegará aquel día
que dé la vuelta a su rueda
la Fortuna, y que yo pueda
hacerte reina de Hungría!

ELENA: Por dichosa es bien me cuente,
pues reino en tu corazón.

PRÍNCIPE: Del alma la posesión
será tuya eternamente.
 De la corte, ¿qué sabemos?

ELENA: Que el rey a caza ha salido.

PRÍNCIPE: Mitigue el cielo ofendido
el rigor de sus extremos.
 ¿Y tu padre?

ELENA: Descontento
vive, a su pesar casado,
y aun dicen que le ha dejado
sin sentido el sentimiento.

PRÍNCIPE: Así por su culpa está.
Espera... De una hacanea
allí una mujer se apea.

Retírate... ¿Quién será?

Salen la INFANTA y un CRIADO

ELENA: Detrás de aquellas paredes
me esconderé.

INFANTA: Cosa es clara
que sólo de ti fiara

Escóndese ELENA

ese secreto.

CRIADO: Bien puedes.

PRÍNCIPE: ¿Qué veo?

INFANTA: ¡Príncipe!

PRÍNCIPE: ¡Infanta!

ELENA: (La infanta es ésta. ¿A qué viene?) **Aparte**

INFANTA: Ya sé que absorto te tiene
mi venida.

PRÍNCIPE: Y aun me espanta,
pues eres causa crüel
del trabajo que yo tengo.

INFANTA: No te espantes que no vengo
sino a verte.

PRÍNCIPE: A verme en él.

INFANTA: ¿Sientes mucho la prisión?

PRÍNCIPE: (Siempre tus engaños temo.) **Aparte**
Siéntola con grande extremo.

INFANTA: ¡Qué lástima!

PRÍNCIPE: (¡Qué traición!) **Aparte**

INFANTA: Y di, de mi amor pasado,
¿quédate alguna centella?

PRÍNCIPE: (Ya te entiendo, infanta bella.) **Aparte**
Y aun todo el fuego ha quedado.

(Fingir quiero.) **Aparte**

ELENA: (El mío crece **Aparte**
con los celos que me das.)

PRÍNCIPE: Los hombres queremos más
a quien más nos aborrece.
Por eso te quiero yo.

INFANTA: Bien comienza.

ELENA: (¿Que esto diga?) **Aparte**

INFANTA: Mucho tu firmeza obliga.
¿Y eso es sin duda?

PRÍNCIPE: ¿Pues no?
Pero ¿tú estarás, señora,
con tu esposo?

ELENA: (Estos son celos.) **Aparte**

INFANTA: Aborrézcanme los cielos
si no le aborrezco agora.
Y para que sepas cómo
connigo el villano está,
nunca la mano me da
y rabia si se la tomo,
cuando le miro, le pesa,
si le hablo, está elevado,
rejalgar come a mi lado
cuando se sienta a mi mesa.
Nunca es mío, aunque es verdad
que mi marido se llama;
que en la mitad de mi cama
sobra siempre la mitad.
Las muertas prendas adora
de su esposa. ¿Con qué gusto,
le puedo querer?

PRÍNCIPE: Ni es justo.
¡Qué gran lástima! (¡Ah, traidora!) **Aparte**
Si yo tan dichoso fuera
que a ser tu esposo llegara,
¡qué de glorias alcanzara!,
¡qué de regalos te hiciera!
(Quizá por este camino **Aparte**
me dan libertad los cielos.)

ELENA: (¿Esto escucho? ¡Esto son celos!) **Aparte**

INFANTA: (Bien mi negocio encamino.) **Aparte**
Si agora pudiera darte
la mano que no te di...

PRÍNCIPE: ¿Hiciéraslo agora?

INFANTA: Sí,
y más claro quiero hablarte.

Si yo libertad te doy,
y tú palabra me das
de ser mi esposo, ¿darás
muerte al conde?

PRÍNCIPE: Tuyo soy,
y paso por el concierto.

INFANTA: Mi gusto en tu mano está.

PRÍNCIPE: Dos esposos tienes ya,
uno vivo y otro muerto.

INFANTA: Pues éntrate y te daré
libertad, pues para ello
traigo prevenido el sello
de mi padre, a quien le hurté.
Voyme. Adiós.

PRÍNCIPE: Extraño caso.
Si yo a verme libre llego,
tú verás...

ELENA: (Ya es otro el fuego **Aparte**
en que me quemo y me abraso.
¿A mi padre...?)

INFANTA: Ve al castillo,
y con estas señas di
al alcaide que...

Háblale al oído al CRIADO

ELENA: (¡Ay de mí!) **Aparte**
CRIADO: Voy a servirte y decillo.

Vase el CRIADO

ELENA: (¿Este galardón merece, **Aparte**
Príncipe, quien te ha servido?)

INFANTA: (Desdichado del marido **Aparte**
que su mujer le aborrece.
El mío merece bien
que yo le traté tan mal,
y si este otro sale tal,
pienso matarle también.
Con acero o con veneno

cuantos tome he de matar,
si no muero, hasta topar
uno que me salga bueno;
 que, entre tantos, habrá alguno,
si no es que los cielos santos,
con haber criado tantos,
no hicieron bueno ninguno.)

Sale el PRÍNCIPE

PRÍNCIPE: Ya, infanta, vengo a servirte.

INFANTA: Yo te llevaré al lugar
 donde le puedas matar.
 Tú, Fabricio, puedes irte,
 pues ya tengo compañía.

PRÍNCIPE: (Esto a la mujer le aplace **Aparte**
 muchos enemigos hace,
 y luego de ellos se fia.)

INFANTA: Vamos.

PRÍNCIPE: Guía.

ELENA: (¿Viose tal **Aparte**
 traición, y tales consejos?
 Seguirélos desde lejos
 para ver de cerca mi mal.)

Vanse. Sale el REY, retirándose de MARGARITA

REY: ¡Mal haya la caza, y yo,
 pues que me he perdido en ella!
 Mujer, o sombra de aquélla,
 o quítame el miedo, o no
 me persigas. Yo he perdido
 con los años, y el temor,
 la espada.

MARGARITA Falso, traidor,
 ya todo el cielo ofendido
 pienso que quiere que sea
 instrumento de tu muerte.

Salen el PRÍNCIPE y la INFANTA

INFANTA: El rey es.
PRÍNCIPE: (¡Qué buena suerte

Aparte

en mi venganza se emplea!)
INFANTA: Jesús, cielos soberanos!

MARGARITA: ¿Qué veo?

PRÍNCIPE: En tu pecho infiel
me he de vengar.

MARGARITA: Ya, crüel,
te trujo el cielo a mis manos.

Sale CARLOS y tiene a su madre y ELENA al PRÍNCIPE

PRÍNCIPE: Hoy tus hazañas tiranas
he de ver

ELENA: Tente, señor,
ten respeto, por mi amor,
a estas venerables canas.

INFANTA: Sombra, mujer, o lo que eres

MARGARITA: Matarte tengo, enemiga.

CARLOS: Pues, ¿una mujer castiga
de esa suerte a las mujeres?

¿No te mueve el corazón?

ELENA: ¿Que serás tan inhumano?

PRÍNCIPE: Déjame, Elena, la mano.

MARGARITA: Carlicos, suelta el bastón.

Entra HORTENSIO

HORTENSIO: No quiso esperarme un poco
el rapaz.

Sale un tropel de VILLANOS que huyen del CONDE, que va tras ellos con un bastón

CONDE: ¡Morid de miedo!

VILLANO 1: Huye Ansiso.

VILLANO 2: Di si puedo.

¡Válame Dios! ¡Guarda el loco!

Vanse los VILLANOS

CONDE: Yo he de hacer mortal estrago.
HORTENSIO: ¿Qué veo? Estoy sin acuerdo.
CONDE: Que sólo parezco cuerdo
en las locuras que hago.
HORTENSIO: ¿Qué haces? Tente, señor,
tu Margarita está aquí.
PRÍNCIPE: ¿Mi prima?
CONDE: ¿Mi esposa?
HORTENSIO: Sí.
ELENA: ¿Mi madre?
MARGARITA: Cese el rigor.
¡Esposo!
CONDE: ¿Qué estoy mirando?
REY: Grave mal.
INFANTA: Dolor terrible.
CONDE: ¡Mi bien!
INFANTA: ¿Aquesto es posible?
HORTENSIO: Todos se miran callando.

Pues tan confusos os veo,
quiero deciros la causa,
pero el saberla, ¿qué hará,
si el no saberla os espanta?
El día que el conde Alarcos
le dio la mano y el alma
a Margarita, quedando
de esto ofendida la infanta,
me mandó a mí que matase
su hijo, a quien yo guardaba,
y su corazón trujese
envuelto en su sangre hidalga.
Yo, lastimado de ver
lo que a las fieras entrañas
de osos, tigres y leones
es cierto que lastimara,
el corazón de un cordero
y su sangre limpia y clara

fue lo que truje a la mesa,
y que alborotó la casa.
Después, temiendo el rigor
de la que dejé engañada,
busqué en el monte una cueva
donde, lleno de esperanzas,
crié con cuidado el niño
con la leche de una cabra,
y al cabo de un año, un día,
dos horas después del alba,
en la boca de mi cueva,
escondido entre unas zarzas,
vi que el conde a la condesa,
muerto de pena, mataba.
Quisiera estorbar su muerte,
mas fue imposible estorbarla,
porque vi que entre las peñas
criados del conde estaban.
Temí el morir, no por miedo,
mas porque, sin mí, quedaba
en las manos de la muerte
mi niño, mi prenda cara.
Al fin, como loco, el conde,
con un lazo a la garganta
dejó a su mujer y fuese
dando voces; yo, que estaba
esperando esta ocasión,
quise salir a gozarla.
El cuerpo, casi difunto,
llevé en estos hombros, carga
que el mismo Atlante pudiera,
si fuera vivo, envidiarla.
Así la llevé a mi cueva,
aunque con poca esperanza
de vida. Mas quiso el cielo,
dándole esfuerzo, ampararla.
En sí volvió poco a poco,
díjome, "Señor, acaba,
haz lo que te manda el rey,
pues que le importa a la Infanta,"

pensando que fuese el conde.
Y viendo que se engañaba,
agradeció aquel servicio.
Mostréle, por consolarla,
su hijo. Contéle el caso,
alegró un poco la cara,
cuidando todo este tiempo
de su regalo y crianza.
Ésta es, conde, tu mujer,
y éste es tu hijo, sin falta.
Si culpa en esto he tenido,
infanta, rey, castigadla.

INFANTA: Ya conozco yo que el cielo,
pues me castiga, me ampara.
Padre, mi culpa confieso,
de la tuya injusta causa.

REY: El tierno amor de una hija
a cualquier padre engañara.

INFANTA: Doncella estoy, porque el conde
no llegó a mí, y en la cama
todas las noches ponía
entre los dos una espada.
Dos casamientos ha hecho;
el que fue más justo valga,
y, pues dio vida a su esposa
el cielo, désela larga,
que yo, si me das licencia,
pues todo me aflige y cansa,
metida en un monasterio
miraré por la del alma.
Herede el reino este niño,
pues es de tu sangre y casa;
que yo le renuncio en él.

REY: Como tú gustas se haga.

CONDE: Pierda el príncipe su enojo,
pues cobro el seso y el alma.

REY: Yo, porque le pierda, quiero
ponerle gente en campaña
bastante, porque en ella
cobre el reino que le falta.

PRÍNCIPE: Yo, señor, tus manos beso,
porque respeto tus canas.

CARLOS: Hortensio, ¿yo he de ser Rey,
y vos sois mi padre?

HORTENSIO: Basta
besarte, señor, las manos,
cuando esotro no bastara.

MARGARITA: Dale la mano a tu hijo.

CONDE: Y parte de mis entrañas.

CARLOS: Dame las dos, padre mío.

CONDE: Dichoso el cielo te haga.

ELENA: Pues a mí, de ese contento,
alguna parte me alcanza.

PRÍNCIPE: Vuestra hija es ésta, conde.

CONDE: A los tres, mis prendas caras,
la misma ocasión os diga
si me da gusto el gozarla.

MARGARITA: Muda me tiene el contento.

ELENA: ¿Hermano?

CARLOS: Querida hermana.

CONDE: Besemos todos las manos
a nuestro rey y a la infanta.

REY: Bendígaos el cielo a todos.

INFANTA: A todos os dé su gracia.

PRÍNCIPE: Yo tomaré por esposa
a Elena.

CONDE: ¡Suerte extremada!

MARGARITA: Dichosa hija tenemos,
pues mi primo quiere honrarla.

PRÍNCIPE: De esposo te doy la mano.

ELENA: Y yo logro mi esperanza.

CONDE: Y aquí, senado, la historia
del conde Alarcos se acaba.

FIN DE LA COMEDIA

**Texto electrónico por [Vern G. Williamsen](#) y [J T Abraham](#)
Formateo adicional por Matthew D. Stroud**

Actualización más reciente: 26 Jun 2002